

ESTUDIO

En *El pelo de la dehesa* Bretón vuelve a su fórmula dramática habitual: conseguir el entretenimiento del público, mediante un asunto de relación humana inadecuada (aquí matrimonio), tratado de forma superficial y desarrollado por personajes planos, con una teatralización muy acusada (subrayado de rasgos muy fuerte en el caso de D. Frutos), en una intriga sencilla (enredada, de manera más o menos legítima, en algunos momentos), poniendo en juego la comicidad como ingrediente sustantivo y sustentando una filosofía que busca concordar con la opinión reinante, o necesaria, en este caso, afecta al casticismo.

Es comedia de alcance menor a *Marcela* y a *Muérete, ¡y verás...!* y estriba, fundamentalmente, en la configuración y actuación de D. Frutos, con la comicidad y crítica que origina (que en buena parte nace de la exageración con que se hacen chocar sus usos rurales -castizos-, vistos con agrado, y los extranjerizantes de la corte, reprobados), y en la habilidad (a veces sustentada en recursos forzados) con que plantea una situación de partida en equilibrio inestable, atacada de inmediato por todos los lados, y, sin embargo, mantenida en tensión hasta el final de la obra.

El pelo de la dehesa tiene puntos concomitantes con otra comedia bretoniana, *A Madrid me vuelvo*. Ambas comedias se construyen sobre el enfrentamiento tópico corte/aldea y finalizan con la imposibilidad de conciliar mundos y caracteres tan opuestos (“¡Nada! ¡A Belchite, ¡a Belchite!/La corte no es para mí.”, exclama D. Frutos en los versos finales); además, la mayor parte de

los rasgos con que se pintaba al rústico en *A Madrid* (brusquedad, fuerza, habilidad para saltar o lanzar la barra...) son los que ahora se utilizan para construir a D. Frutos. Las diferencias, no obstante, también son notables. *A Madrid me vuelvo* era una comedia primeriza, con fallos de estructura y sin relieve (como si fuera un esbozo de alguien que está aprendiendo), mientras que *El pelo de la dehesa* es una comedia de un dramaturgo ya maduro, con habilidad en el manejo de sus recursos teatrales; por otro lado, en la primera comedia, el rústico era tratado como personaje negativo (fatuo, insolente, cobarde, con intenciones bastardas...), en tanto que en *El pelo de la dehesa* D. Frutos Calamocha es ofrecido como personaje positivo, adornado con notables virtudes (espontaneidad, generosidad, nobleza de espíritu, mente despejada...). Así como en *A Madrid me vuelvo* Bretón se aplicaba a mostrar los defectos del cerrilismo rústico, *El pelo de la dehesa* busca poner de relieve los defectos de la sociedad galante de la corte. El recurso utilizado es el de trasplantar al rústico a Madrid, hacerlo depositario del mensaje casticista y enfrentarlo a personajes representantes de un "buen tono" cortesano, del que sólo se observan los defectos. No cabe ninguna duda de que Bretón se ha inclinado aquí por halagar lo rural, por mostrar al público cómo en los pueblos se atesora la reserva de espiritualidad de la nación.

Cierto es que por momentos D. Frutos, como lo requiere la comidad de la obra (y quizá por resabios de Bretón de anteriores tipos rústicos) es un personaje ridículo: que equivoca a la criada con su prometida, que derriba los objetos a su paso, que utiliza un vocabulario palurdo en extremo ("desnalgar", "memoles"); pero de inmediato se hace notar su perspicacia natural, su espontaneidad afectiva, su generosidad, su nobleza espiritual ("Yo vivo allí sin empacho/ y mido por un rasero/ al hidalgo y al pechero,/al leñador y al ricacho. [...] Cuando me junto/ con alguien, no le pregunto/ su apellido ni su nombre;/ que sea honrado me basta." -II,3); el amor encendido con que habla de lo suyo (tierra, tierras, costumbres, gentes...), remata (tomando como pretexto el vino de *Bordeaux* servido en la comida) en una declaración de casticismo montaraz y ultramontano ("Y yo ¿qué tengo/ que ver con Europa?

Soy/ de Belchite.”, III,1’); declaración, por otro lado, que ya venía preparada por el desprestigio de la vida cortesana, presentada en algunas de sus manifestaciones más características con una sátira mordaz, de tonos acerados: así en lo relativo a la “cáfila/ de galanctes insulsos/ que en tertulias y cafés/ pasan por hombres de gusto”, o al papel de hombres y mujeres en los bailes, que se culmina con una referencia directa al adulterio (“y no sabe alguno de ellos/ que mientras cuenta los triunfos,/ un galán le da *codillo*/ y su esposa hace *renuncio*.”, II,1).

A enorme distancia del personaje de D. Frutos quedan en esta comedia todos los demás. Quizá tenga un punto de interés la *Marquesa*, al estar construida como personaje mediante rasgos duros: economicismo descarnado (“También es aristocracia/ la del dinero contante.”, dice en I,3) y el cinismo con que se aviene a casar a su hija en un matrimonio descabellado, con tal de hacerse con los dineros del yerno. El resto de personajes son reediciones pálidas de tipos bretonianos (que, de por sí, tampoco eran muy refulgentes, que digamos). Así, Elisa, la novia, es la dama joven pavisosa (similar, por cierto, a la Carmen de *A Madrid me vuelvo*), con los atributos consabidos de belleza y/pero modestia, coquetismo (en grado aceptable: de manera muy noble no sabe a cuál de los dos galanes ama, y, por si fuera poco, cuando se inclina por uno, lamenta no haberse casado con el otro) y dependencia de su madre (también como la Carmen de *A Madrid me vuelvo*): a años luz, por tanto, del personaje de *Marcela*, por ejemplo. D. Miguel, el tercero en discordia, es el tipo de militar sin novedad alguna y, lo que es peor, sin rozar tampoco, ni de lejos al D. Martín de la *Marcela*. D. Remigio también se parece mucho al D. Abundio, el dómine hambriento y fiel de fechos de *A Madrid*; en la comedia que nos ocupa es el tipo de “mantenido” (“parásito”, llega a decirle el militar), hombre para todo, afable y condescendiente (por la

1. También se endereza una pulla a la afición extranjerizante en lo relativo a la ópera en la escena segunda del cuarto acto: “Es que yo no entiendo esa jerga/ italiana, y al arrullo/ de las voces y la orquesta/ me dormía...”

cuenta que le trae); se pretende que sea el gracioso de la comedia, pero su comicidad es de escaso efecto; más importante es su función en la trama, ya que, por miedo a D. Miguel, enmaraña la acción (a conveniencia del autor, claro, y en recurso bastardo, falto de la necesaria verosimilitud interna), abogando por que se deshaga el compromiso de la boda. Juana, la criada, es, en fin, como las ciento que pululan en las obras bretonianas: guapetona, despejada, un punto entrometida... y ya está.

También las relaciones entre personajes son previsibles y sólo alcanzan algún atractivo por las alternativas, constantes y muy mantenidas, en la valoración, ora positiva ora negativa, que los prometidos tienen el uno del otro (sobre todo Elisa respecto a D. Frutos); la escena octava del cuarto acto, en la que se enfrentan D. Frutos y Elisa para reprocharse ambos sus defectos y conseguir que el otro se desdiga de su palabra de casamiento, es la más conseguida de la comedia, por lo ágil y chispeante que es en ella el diálogo.

Como quedó dicho, si algo tiene de atractiva esta comedia -junto a la configuración de D. Frutos y el mensaje casticista que vehicula- es la estructuración, que sostiene un equilibrio inestable, que está soportando embates constantes y que aguanta hasta el desenlace.

La primera escena, como es usual en el teatro de Bretón, es altamente funcional: en ella se presenta de inmediato la situación, los personajes y sus previsiones básicas. En diálogo entre señorita y criada se hace saber al espectador que se está a punto de firmar un contrato matrimonial inconveniente, por la desigual procedencia de los novios (rústico-rico él, noble-cortesana-arruinada ella); ese matrimonio, además, viene a interferir una relación iniciada por la prometida con un militar, del que hace algo de tiempo que no sabe nada, pero que, de forma evidente para el espectador, aparecerá pronto (como exclama la Marquesa, en una especie de reflexión que, sin querer, es metateatral: "es mucha casualidad./Los dos en el mismo día"). Se explican, asimismo, las razones de ese inadecuado matrimonio (pacto entre padres) y se hace notar ya que su defensora más acérrima será la marquesa, por su avidez de dine-

ro. El toma y daca entre criada (defensora de D. Miguel, el novio antiguo) y Elisa permite plantear los hilos más vigorosos de la estructuración de la obra. El primero es el sopesamiento constante y variable de las condiciones de D. Frutos.

En efecto, la figura y carácter de D. Frutos, y lo que representa (frente a lo que ocurre con el resto de personajes, que desde su aparición quedan fijos en lo que son) están siendo valorados constantemente y con diferentes alternativas: la criada deja caer que sea feo o de cuerpo no agradable y, en todo caso “zafio y grotesco” en el vestir y rudo en sus maneras, pero Elisa lo muestra como “guapote, rollizo, de buenas formas y talla de granadero” (luego se dirá que este muchachote alto, rubio, como tedesco, tiene buena barriga), y considera que el resto es pulible; tras su primera aparición, Elisa lo juzga como “no tonto, aunque grosero” (I,10), pero tras la acumulación de desastres de todo tipo que termina por perpetrar, solo le ve rasgos negativos (“Ese novio es una fiera” I,10), “Pero, mamá, ¡si es un hombre/ de tan mal tono, tan rudo...”, II,1). La marquesa, atemperando (y siempre a la caza del dinero), hace notar que es “buen mozo, blanco, rubio” y que aunque “es maza-cote y brusco”, “ni entendimiento le falta/ni tiene alma de estuco (II,1); y, ante las críticas, interesadas, de D. Remigio, Elisa dirá más adelante que “tiene prendas/ muy laudables” (II,10), para vencerse ante las previsiones generosas y plenas de afecto que establece D. Frutos (*Elisa*. ¡Qué sorpresa!/ De haberlo ajado me pesa.), II,11), pero, más adelante, enfrentada a la previsión de vivir en Belchite, no puede por menos que considerarlo como “hombre que no tiene prójimo” (III,8). En la escena octava del acto cuarto, ya no hay tregua y en el sabroso enfrentamiento que tienen ambos protagonistas, ponen en solfa sus respectivas visiones del mundo, tirando cada uno para “su querencia”; al final, cuando ya se ha dehecho la boda, ante la generosidad de D. Frutos, y como vencida por sus valores, Elisa, termina exclamando: “¡Qué necia he sido/ en no casarme con él”.

El segundo hilo que estructura con mayor vigor y constancia la comedia es el constituido por el planteamiento de expectativas

que hacen los personajes en la esperanza de cada uno de que el otro cambie y, sobre todo, de que, por diferentes medios, el novio suelte poco a poco “el pelo de la dehesa” (lo que permitiría convertir en armonioso el matrimonio). Nada más comenzada la comedia, y ante los aldabonazos de intranquilidad que da la criada (“¿No se muere usted de miedo/de pensar en esa boda?”), Elisa ya plantea: “No importa;/nosotras le puliremos.”; expectativa, que con ligeras variantes se va repitiendo a lo largo de la comedia, con tanta frecuencia como para convertirse en un motivo estructurador de gran alcance; así, vuelve a aparecer en I,2 y I,3, en boca de la marquesa; en I,10 dicho por D. Remigio; en II,1, vuelve a esgrimirlo la marquesa, y aquí ya le contrapone Elisa la posibilidad de que esa expectativa se frustre y las razones que avalan su argumentación (“¡Oh!, tú dirás lo que quieras, pero esos modales rústicos/ no se olvidan fácilmente;/ ni después de cinco lustros/ muda de hábitos un hombre/que se halla bien con los suyos.”); se reitera en la expectativa de futuro D. Remigio en II,2, y en II,3 es la Marquesa quien le ruega la aclimatación a D. Frutos, aunque D. Remigio ya se malicia que tal cambio es algo difícil (“Harto será/que hagamos carrera de él./ Y si ahora tasca el freno,/¿qué hará el amigo después?”, II, 7), y Elisa (en II,10) vacila en su esperanza; en II,11 es D. Frutos quien recoge el testigo del deseo de cambio y quien hace votos por un cambio recíproco: “tú me enseñarás a hablar;/yo te enseñaré a querer.”; en III,1 confía, incluso, en someter a la suegra, y en el enfrentamiento que se da entre ambos en III,6, D. Frutos ya hace saber que “aunque yo he entrado en la corte,/la corte no ha entrado en mí.”, lo que hace que D. Remigio certifique, con buen ripio, que “No quiere soltar, Marquesa,/el pelo de la dehesa.” A partir de aquí, irreductibles las dos posturas, el quinto acto de la comedia, abandona las expectativas para centrarse en el pacto que permita deshacer el compromiso.

Otras expectativas (de menor importancia estructurante, si se quiere, pero de gran alcance significativo), tienen que ver con la concepción, un tanto cínica, de madre e hija del matrimonio, en el que prevén tomar las riendas (y el patrimonio del rústico) una vez producida la coyunda. Entendido el matrimonio tan solo como un

estado social, la Marquesa alecciona a su hija sobre la forma de sacar partido de él, aunque, a decir verdad, tampoco es que la hija necesite de mucho espabilamiento, ya que su primera previsión al respecto no puede ser más clara: “El timón del gobierno/ me abandonará gozoso,/ y eso es lo que yo pretendo.” (I,1). Sobre este terreno abonado y, cuando flaquea el ánimo de la niña, la madre siembra sabrosas consignas: “Tú te casas para ti,/ no para él; y por último,/¿quién repara ya en maridos?/Todos vienen a ser unos./Las mujeres dan el tono/con sus gracias y su lujo” (planteo que, como ya hice notar más arriba, culmina con una referencia directa y sin ambages al adulterio); y más adelante, ante la amenaza de D. Frutos de llevarlas a vivir a Belchite: “Hoy con mimos y piropos/y dengues, al otro día/con lágrimas y sollozos.../Harás de él cuanto quisieres.” [...] No hay cuidado. Entre las dos/hemos de volverle loco.” III,8).

Lo concerniente a la estructura propiamente dicha, sin embargo, no tiene ya tanto atractivo y, lo que es peor, presenta lagunas de funcionalidad y recursos un tanto espurios, forzantes de la trama.

En efecto, después de una primera escena de gran funcionalidad, como he querido mostrar, las restantes del primer acto, hasta la aparición de D. Frutos en escena, son de funcionalidad débil, con exceso de palabra para la acción con que deben contribuir al conjunto de la obra. La aparición de D. Frutos es la que hace que la obra tome vuelo y así, con su comicidad, se remata airosamente el primer acto. En el segundo se reiteran los choques entre D. Frutos y las lecciones de buen tono que pretenden endilgarle (con la esperanza constante, como se dijo, de que se desbaste) y, como si no se tuviera confianza en una intriga montada sobre los personajes principales, se hace aparecer en escena a D. Miguel para enmarañarla más (y propiciar un desenlace apaciguador con cabos enlazados) y, por si fuera poco, las amenazas de este redundan en que D. Remigio, hasta ese momento defensor de la boda (al dictado de la Marquesa) deba intrigar a partir de ese momento contra la boda. El tercer acto se hace avanzar con la introducción de la factura del sastre que D. Frutos ha de pagar, cuando creía su ropa cortesana regalo de su suegra, con el consiguiente enfado, y un enfrenta-

miento de D. Frutos con la Marquesa, con la amenaza del aragonés de llevarlas a Belchite tras la boda, y el consiguiente repelús de Elisa que manifiesta luchar entre mil ideas. El acto cuarto comienza un sucesivo toma y daca de disgustos recíprocos del rústico a las cortesanas y viceversa (en torno a vestimenta, horarios de dormir, diversiones...), y en la escena octava ya la comedia toma el rumbo de deshacer el compromiso matrimonial; se realimenta la acción porque ninguno de los dos prometidos desea ser el primero en desdecirse de su palabra. Tras tener “una lid” con la futura suegra y otra con la prometida, entra en campo el capitán, para echar más leña al fuego. En el quinto acto es D. Frutos quien fragua el desenlace enfrentándose a su acérrima defensora, la Marquesa, a quien lamentablemente (para la bondad de la comedia) no puede convencer por dialéctica, sino que vence al sacarse de la manga unos pagarés adeudados por el Marqués, que de no pagarse permitirán a D. Frutos armar un escándalo en momento tan señalado (la casa llena de invitados para la firma del contrato matrimonial); como D. Frutos ha echado a Elisa en brazos de D. Miguel, ya tenemos boda, y todo termina como le gusta a Bretón que termine, con los cabos atados y con algún matrimonio (cuando pueden ser dos, mejor que uno).

TEXTO

EL PELO DE LA DEHESA²

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Representada en el teatro del Príncipe por primera vez
el día 13 de Febrero de 1840

PERSONAJES

ELISA	D. FRUTOS
LA MARQUESA	D. REMIGIO
JUANA	D. MIGUEL

La escena es en Madrid, en casa de la Marquesa. El teatro representa una sala con puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce a la escalera y a otras habitaciones principales, y por la izquierda a las piezas interiores. Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde a la habitación destinada a D. Frutos; la de la izquierda guía también a lo interior de la casa.

2. Reproducimos aquí el texto de la comedia editado por Bretón en su edición de 1883: tomo II, pp. 331-363. Para las modificaciones hechas en el texto original y sistema e índole de las notas, vid. supra la *Advertencia previa* al texto de *Marcela*.

ACTO PRIMERO

ESCENA I. ELISA. JUANA..

- Juana.* ¿Y se ha de casar usted
con un rústico labriego!
- Elisa.* Sí; ya he dado mi palabra.
- Juana.* ¿Lo sabe aquél caballero?
- Elisa.* ¿Quién?
- Juana.* ¿Quién ha de ser? Aquel
que hace dos años y medio
que la adora a usted y bebe
por esa cara los vientos.
- Elisa.* ¡Ah!... Don Miguel.
- Juana.* ¡Y al nombrarle
me pone usted ese gesto!
¿Conque ya no hay esperanza
para él?
- Elisa.* Ya ves, acepto
la mano de otro...
- Juana.* Es decir
que cual humo se ha deshecho
el antiguo amor...
- Elisa.* ¡Amor!
Aquello fue un pasatiempo.
Me agradaba su figura,
su uniforme, su despejo...
¿Qué sé yo? Me complacía
en bailar con él y creo
que no me sonaban mal
en su boca los requiebros.

Quizá también de la mía
se deslizó en un momento
de imprudencia alguna frase
que halagara sus deseos;
mas yo no perdí el color
ni el apetito ni el sueño,
síntomas averiguados
de un cariño verdadero;
y él por su parte, a pesar
de que hacía mil extremos,
nunca llegó seriamente
a hablarme de casamiento.

Juana. Por pura delicadeza,
ya ve usted, un subalterno...
Pero yo sé que esperaba
de un día a otro el ascenso
a capitán...

Elisa. Aún así
fuera mucho atrevimiento,
siendo hija yo de un marqués,
que aspirara a ser mi dueño.

Juana. Perdone usted. El es hijo
de barón.

Elisa. No te lo niego,
mas no es segundón siquiera,
que cuatro hermanos nacieron
antes que él y están casados,
y con prole todos ellos.
¡No es nada lo que tendrían
que atarearse los médicos
para que él llegara a ser
lo que su padre y su abuelo!
Y aún eso importara poco
como él tuviera otro genio;
pero es celoso, tronera,

- suspicaz y pendenciero.
¿Casarme con él? ¡Jesús!
Mi casa fuera un infierno.
- Juana.* ¡Ya! Como usted no le quiere
exagera sus defectos,
sin echar de ver que nacen
del mismo amor...
- Elisa.* ¡Qué! Yo apuesto
a que el día en que marchó
de aquí con su regimiento
se propuso relevarme,
y me relevó en efecto,
con la primer lugareña
a quien pidió alojamiento.
- Juana.* ¿Cómo es posible? Las cartas
que escribe cada correo...
- Elisa.* Tres hace ya que no he visto
su letra, de donde infiero
que ni se acuerda de mí;
y, como soy, que me alegro,
que así excuso revolver
la cabeza y el tintero
para imaginar disculpas
a la boda que proyecto.
- Juana.* ¿Quién sabe si al postillón
ha ocurrido algún tropiezo,
o si tendrá la desgracia
don Miguel de estar enfermo?
O tal vez está en camino
para Madrid, y de intento
no nos ha anunciado el viaje,
porque quiere sorprendernos.
- Elisa.* No creas tal; - y si viene,
¡bienvenido! Le daremos
los dulces.

- Juana.* Para él serían
acíbar, hiel y veneno.
- Elisa.* Vamos, decididamente
le proteges.
- Juana.* Le protejo
porque ama a usted, y presumo,
hablando con el respeto
debido, que no merece...
- Elisa.* Yo no he contraído empeños
con don Miguel; ni mamá
le querría para yerno.
- Juana.* Pero ¡por Dios, señorita!
¿No se muere usted de miedo
de pensar en esa boda?
Es cosa que no comprendo
cómo se decide usted...
- Elisa.* Razones hay para ello.
Nuestra casa está arruinada.
De su esplendor solariego
apenas queda otra cosa
que pergaminos, y pleitos,
y deudas. Don Baltasar
de Calamocha y Centeno,
padre que fue de don Frutos,
mi novio, y en cuyo pueblo
tenemos un caserón
ruinoso y cuatro barbechos,
hubo de prestar no sé
qué cantidad de dinero
a mi padre, que Dios haya,
cuando pasó aquel invierno
en Zaragoza. Tres años
después de hacer el empréstito
reclamó don Baltasar
el capital y los réditos.

Pidióle plazos mi padre
sin esperar obtenerlos,
pero se quedó pasmado
cuando con rostro halagüeño
le dijo don Baltasar:
“Señor Marqués, sin apremios
ni jueces, ni ejecuciones,
y, lo que es aún mejor que esto,
sin que suelte usted un cuarto
puedo quedar satisfecho.-
¿Cómo? -Hablaemos con franqueza.
No es oro ya lo que anhelo,
que un terremoto no puede
levantar el que poseo,
sino títulos y honores;
no para mí, pobre viejo
que al primer aire colado
espero quedarme tieso,
sino para aquel buen mozo
que ha de heredar mis talegos.
Ahora bien, si usted no tiene
horror al nombre de suegro,
deme usted su única hija
para mi único heredero,
que si no es de ilustre sangre
tampoco nació plebeyo.
El será marqués por ella,
ella por él hará bueno
el marquesado; y, por último,
el gozo será completo
cuando nos llame a los dos
papá grande un mismo nieto.”
Despreocupado mi padre,
y mi madre... un poco menos,
pero aficionada al lujo

cual todas las de mi sexo,
aceptaron un partido
por motivos diversos
a todos estaba bien;
volvióse ufano y contento
don Baltasar a Belchite,
pero al mes ya había muerto;
mi padre murió también-
¡téngale Dios en el cielo!-
Como siguió tan de cerca
al tratado casamiento
el duelo de ambas familias,
no me habló de este proyecto
mamá hasta cumplido el luto;
vencida yo de sus ruegos
acepté; y también parece
que está don Frutos resuelto
a cumplir la voluntad
de su padre; de un momento
a otro llegará a Madrid;
se firmarán los conciertos;
tú tendrás un buen regalo;
yo un buen marido, y... *laus Deo*.

Juana.

Todo eso, señora mía,
sería bueno y muy bueno
si no hubiera entre los novios
tantas leguas de por medio.
Usted no ha visto jamás
al tal don Frutos. Si es feo...

Elisa.

No, Juana; muy al contrario.

[*Sacando y enseñando a Juana un retrato.*]

Juzga por este bosquejo.

Juana.

¡Hola! ¿Retrato?

Elisa.

A lo príncipe.

Fue recíproco el obsequio.

- Juana.* ¿Hay en Belchite pintores?
Elisa. Zaragoza no está lejos.-
¿Qué tal?
- Juana.* Guapote y rollizo.
Tiene cara de tudesco.
Mas quizá le han adulado...
y aquí no vemos el cuerpo...
Elisa. Sé que tiene buenas formas
y talla de granadero.
Juana. Pero en el mismo retrato
muestra que es zafio y grotesco.
Mire usted bien. ¡Santo Dios,
qué levita y qué chaleco!
- Elisa.* En Madrid hay buenos sastres,
y ya se ha provisto a eso.
Juana. Si, como tengo entendido,
nunca salió de su pueblo,
vendrá tan rudo...
Elisa. No importa:
nosotras le puliremos.
Juana. Taladrará los oídos
con aquel maldito acento
aragonés.
Elisa. Poco a poco
lo irá en la corte perdiendo.
¿Tan fácil es encontrar
un marido sin defectos?
Si no es fino y elegante,
será cariñoso, tierno,
sencillo, dócil...
Juana. [Entre dientes.] O potro
cerril que plante al lucero
del alba una coz.
Elisa. ¿Qué dices?
Juana. Nada.

Elisa. El timón del gobierno
me abandonará gozoso,
y eso es lo que yo pretendo.

Juana. Dios lo quiera, mas casarse
sin amor...

Elisa. Amor es ciego,
y aunque acierta alguna vez
es muy mal casamentero.

ESCENA II.

ELISA. JUANA. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿Aún no te has vestido, Elisa,
y esperas hoy a don Frutos?

Elisa. ¡Eh! no corre tanta prisa.
Es cosa de ocho minutos.

Marquesa. ¿Ocho minutos? No tal;
que si has de lucir tu tren...

Elisa. Para un novio provincial
de cualquier modo estoy bien.

Marquesa. Yo quiero que le deslumbres,
aunque afectes abandono,
y que desde hoy le acostumbres
a las leyes del buen tono.
Aunque tu triunfo es seguro,
vístete como quien eres.
Bueno es prender al futuro
con veinticinco alfileres;
que si hoy le agradas modesta
y así..., a la pata la llana,
ya verás lo que te cuesta
sacarle blondas mañana.
Yo le espero ya, hija mía,
porque tu dicha me alegra,
con humos de señoría

y con ínfulas de suegra.
No le tengo por un argos⁴,
mas se admirará si ve
a mamá de tiros largos
y a la novia en *négligé*⁵.

Elisa. En mi cara, no en mis dijes⁶,
confiar fuera mejor;
pero una vez que lo exiges...,
vamos, Juana, al tocador.

[*Vase con Juana por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA III. LA MARQUESA

¡Qué conflicto, Dios eterno!
¡Qué afrenta, Virgen de Atocha!
¡Aceptar yo para yerno
a un don Frutos Calamocha!-
Mas si con él me confundo,
¿quién me hará ningún reproche?
¿Qué papel hace en el mundo
una marquesa sin coche?
Tal boda no me hace gracia,
pero el siglo es tan mercante...
También es aristocracia

4. **Argos.** Personaje mitológico a quien se representa con cien ojos. Aunque en las referencias mitológicas no hay acuerdo sobre el número exacto de ojos que tenía, baste decir que era conocido como *Panoptes*, esto es el 'Todo ojos'; siempre estaba vigilante, pues cuando alguno de sus ojos se cerraba por el sueño, siempre quedaban otros abiertos.

5. **Négligé.** 'Traje sencillo, llevado por la mujer dentro de casa'. Emplean esta palabra (con algunos cambios en sus rasgos distintivos) Larra, Flores o Mesonero. Bretón la utilizó también en *La escuela del matrimonio*, *¡Por una hija!* y *La hermana de leche*. Viene del francés *négligé*.

6. **Dijes.** 'Adornos'.

la del dinero contante.
Ese yerno, bien lo sé,
será un patán, será un oso,
pero yo siempre seré
Marquesa de Valfungoso.
Mi ejemplo y un figurín
harán tal vez el prodigio
de desasnarle y, en fin...
¡Hola! aquí está don Remigio.

ESCENA IV.
LA MARQUESA. D. REMIGIO.

- Remigio.* Salud, Marquesa. Un bagaje...,
un astur por otro nombre,
ha traído el equipaje
provisional de aquel hombre.
Por la puerta del pasillo
ya en su cuarto se introdujo.
Ello costará carillo,
mas ¡qué elegancia y qué lujo!
Obra maestra del sastre...
y mía en cierta manera;
que fui, temiendo un desastre,
el mentor de su tijera.
- Marquesa.* Que venga al cuerpo del novio
es lo que importa en rigor.
Lo demás fuera un oprobio
para el sastre y el mentor.
- Remigio.* Todo se hizo, y consta en actas,
con entera sujeción
a las medidas exactas
que vinieron de Aragón.
Venga usted a ver la ropa...
- Marquesa.* Yo la veré más despacio.

Remigio. Mejor no se hace en Europa
ni se gasta en un palacio.
Ahora, si usted lo permite,
voy al parador...

Marquesa. Sí, sí.

Ramigio. A esperar al de Belchite
para conducirlo aquí.

Marquesa. Es mucha molestia...

Remigio. ¡Oh! no.
Yo sería muy bellaco,
si a dama de tanto pro...
Soy amable: este es mi flaco.

ESCENA V.
LA MARQUESA.

¡Qué trajín! Él se halla en todo.
Merece que se le cobre
cariño. Nos come un codo,
pero bien lo suda el pobre.
Hago de él cuanto yo quiero.
Ya le gruño, ya le embromo...
En la calle es mi escudero;
en casa mi mayordomo.
Y a todos con esa fe
sirve. Así tiene un enjambre
de amigos. ¡Oh! siempre fue
muy filantrópica el hambre.-
Mientras la novia se avía,
voy a ver qué ropa es esa.

[*Se dirige a la puerta de la derecha.*]

Mucha lástima sería...

Miguel. [*En la puerta del foro.*]

A los pies de usted, Marquesa.

ESCENA VI.
LA MARQUESA. D. MIGUEL.

- Marquesa.* Caballero, beso a usted...
¿Qué veo! ¡Usted por acá!
Mucho celebros...
- Miguel.* He venido
con licencia temporal
por dos meses. ¿Usted buena?
- Marquesa.* Talcualilla. Con el plan
que sigo ahora...
- Miguel.* ¿Y la linda
Elisa?
- Marquesa.* Sin novedad.
Sentémonos.
[*Se sienta en el sofá. D. Miguel va a tomar una silla.*]
- Miguel.* Con permiso...
- Marquesa.* No. Venga usted al sofá.
- Miguel.* Celebro que no haya nadie...
- Marquesa.* ¿Por qué?
- Miguel.* Tenemos que hablar.
- Marquesa.* Pues ¡vaya! Explíquese usted
y no tenga cortedad.
- Miguel.* No soy yo corto de genio,
señora mía, pero hay
casos y cosas que al hombre
más valiente hacen temblar.
- Marquesa.* ¿Y qué teme usted? ¿Soy yo
alguna fiera...
- Miguel.* No tal;
pero... un desaire...
- Marquesa.* ¡Desaires
a un hombre de calidad,
a un amigo! Hágase usted
justicia.
- Miguel.* En primer lugar,

declaro que yo estoy
enamorado.

Marquesa. ¡Bah, bah!
Si de otra culpa más grave
no se viene usted a acusar,
yo le absuelvo desde ahora.
¿Hay cosa más natural?
¿Y quién es la...?

Miguel. Yo creí
que usted lo sabría ya...

Marquesa. Yo ¿de dónde?

Miguel. Ciertas cosas
no se pueden ocultar.

Marquesa. Pues como usted no se explique...

Miguel. No me he explicado, es verdad,
hasta hoy, porque esperaba
el ascenso a capitán...

Marquesa. ¡Ah! ¡Dos charreteras⁷! ¡Bien!
Ya no hay hombro desigual. -
¡Que sea por muchos años!

Miguel. ¡Cumplimiento singular!
¿No querrá usted que, siquiera,
aspire a un gradito más!

Marquesa. Perdone usted. Sin pensarlo
he dicho una necesidad.
Si por mí fuera, mañana
sería usted general.

Miguel. Si antes me hubiera casado
no tendría viudedad
Elisa...

Marquesa. ¡Acabara usted!

7. **Charreteras.** 'Divisa militar de oro, plata, seda u otra materia, en forma de pala, que se sujeta al hombro por una presilla y de la cual pende un fleco como de un decímetro de largo.' (DRAE)

- Miguel.* Sí, la amo con ceguedad,
la idolatro, la...
- Marquesa.* Ahora veo
que no sabe usted lo que hay.
- Miguel.* ¿Pues qué hay?
- Marquesa.* Amigo del alma,
bien puede usted perdonar.
Elisa no es para usted.
- Miguel.* ¿Seré demasiado audaz
en solicitarla? ¿Acaso
porque es corto mi caudal...?
- Marquesa.* Todo hay que mirarlo, amigo;
mas la gran dificultad
no está en eso.
- Miguel.* Pues ¿en qué?
- Marquesa.* En que la vòy a casar.
- Miguel.* ¡Ay! ¿De veras?
- Marquesa.* Ya lo he dicho,
y yo no hablo en alemán.
- Miguel.* ¿Cuándo?
- Marquesa.* Mañana.
- Miguel.* ¿Con quién?
- Marquesa.* ¡Qué flujo de preguntar!
Con un hombre.
- Miguel.* ¿Usted no mira
que está clavando un puñal
en mi pecho?
- Marquesa.* Amigo mío...
- Miguel.* Eso es una iniquidad.
- Marquesa.* ¿Cómo iniquidad?
- Miguel.* ¡Horrible!
¡Y vengo yo del Baztán
para esto!
- Marquesa.* Con efecto
es mucha casualidad.
Los dos en el mismo día...

Miguel. (Estoy sudando alquitrán.)

Marquesa. Ahora llegará don Frutos
a la puerta de Alcalá.

Miguel. ¿Se llama don Frutos?

Marquesa. Sí.

Miguel. ¡Nombre soez!

Marquesa. Natural
de Belchite en Aragón.

Miguel. ¡Santo Dios! Será un patán,
será... ¿Es rico?

Marquesa. Poderoso.

Miguel. ¡Oh matrimonio fatal!
¡Desgraciada Elisa!

Marquesa. ¡Calle!

¿Tan fiera calamidad
es un novio millonario?

Miguel. Por San Cosme y San Damián,
no la sacrifique usted
a un marido montaraz;
no con un golpe de estado
quiera usted tiranizar...

Marquesa. ¡Dale! aquí no hay tiranía.
¿Quién fuerza su voluntad?
El tirano será usted
que sin viña ni olivar,
y sin quererle la chica,
que es lo más original,
tiene empeño de llevarla
militarmente al altar.

Miguel. Yo no soy tan temerario.
Ella me ama, y si falaz
no es su labio...

Marquesa. Aquí se acerca.
Ella misma nos dirá...

ESCENA VII.

LA MARQUESA. D. MIGUEL. ELISA.

- Elisa.* [Muy elegante.]
¡Ah! ¡Don Miguel!
- Miguel.* ¿Conque es cierto?
¿Conque ha sido usted capaz
de olvidarme...
- Elisa.* No, señor.
Cuenta usted con mi amistad...
- Miguel.* ¿Amistad? ¡Lindo despacho
cuando vengo hecho un volcán...!
- Elisa.* ¿No quiere usted ser mi amigo?
- Miguel.* Yo quiero ser algo más.
- Elisa.* ¿Marido? No puede ser:
me he comprometido ya.
¿Cortejo? Líbreme Dios,
que eso es pecado mortal.
- Miguel.* ¿Así corresponde usted
a mi esperanza, a mi afán...
- Elisa.* Yo no he prometido nada.
Lisonjas de sociedad,
favores de rigodón⁸,
una carta insustancial;
todo eso es galantería,
pasatiempo...
- Miguel.* ¡Voto a san...!
¡con qué frescura me pone
en la garganta un dogal!
- Elisa.* Yo creí que usted ya estaba
arreglado por allá.

8. **Rigodón.** 'Cierta especie de contradanza' (DRAE). La palabra viene del francés *rigaudon*, por *Rigaud*, el inventor de este baile.

Miguel. ¡Yo!
Elisa. Y como usted no escribía...
(Guapo está de capitán!)
Y como usted no me habló
nunca de fe conyugal...
y pasan días y días...
y una tiene que pensar
en una... en fin, me remito
a lo que ha dicho mamá.
Marquesa. ¿Eh? ¿Qué dice usted ahora?
Miguel. Que estoy dado a Satanás;
que siete veces maldigo
mi necia credulidad;
que yo no hay fe en las mujeres;
que no quiero ya tratar
a ninguna; que me voy
para no volver jamás...

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. ELISA. D. MIGUEL. JUANA.

Juana. Ya viene.
Miguel. [Deteniéndose.]
¿Quién?
Juana. Don Remigio
con don Frutos.
Miguel. ¡Mi rival...!
Pues me quedo.
Marquesa. ¿Con qué fin?
Miguel. Es mera curiosidad.
Juana. Le he visto desde el balcón.
Ya habrá entrado en el zaguán.
Marquesa. Mire usted que está en mi casa.
Miguel. Yo la sabré respetar.

Marquesa. No demos aquí un escándalo...

Miguel. Ni aquí ni fuera. ¿Qué más quiere usted? Yo me resigno... mas quiero verle.

Juana. Aquí está.

ESCENA IX.

LA MARQUESA. ELISA. D. MIGUEL. JUANA. D. FRUTOS.
D. REMIGIO.

[*Don Frutos se presenta como señorito de lugar en día de fiesta y con notable atraso en la moda, aunque con buena ropa. - La Marquesa y Elisa se sientan en el sofá.*]

Remigio. [*Presentando a D. Frutos.*]
Señoras...

Miguel. [*A la Marquesa.*]
¿Ese pazguato es el novio?

Frutos. [*A Juana.*] Señorita...
[*Queriendo abrazarla.*]
Dulce novia...
[*En voz baja a don Remigio.*]
Más bonita me pareció en el retrato.

Remigio. [*Apurado.*]
¡Que no es esa!

Juana. [*Riéndose. También se ríe D. Miguel.*]
No soy yo.

Frutos. Pues creí...

Juana. Soy la doncella.

Frutos. ¿Pues cuál es mi novia?

Remigio. Aquella.

Marquesa. [*De mal gesto.*]
¡Me ha gustado el *quid pro quo*!

9. **Quid pro quo.** 'Error por confusión de una cosa por otra'.

- Remigio.* (Al primer tapón, zurrapas¹⁰.)
Frutos. Me equivoqué, vive Cristo;
y es que en Madrid, por lo visto,
todas las mozas son guapas.
- Elisa.* [*En voz baja.*]
¡Ay, mamá!
- Miguel.* (¡Bien! Ya me vengo.)
Frutos. [*Fijando la vista en Elisa.*]
¡Oh, que está allí...! ¡Mentecato
de mí!
[*A D. Remigio.*]
Es el vivo retrato
del retrato que yo tengo.
[*Acercándose.*]
Dios guarde a usted, doña Elisa.
- Elisa.* Felices.
Marquesa. (¡Volada estoy!)
[*A Juana que se está riendo.*]
Vete de aquí.
- Juana.* Ya me voy.
(No puedo tener la risa.)

ESCENA X.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS. D. MIGUEL. D. REMIGIO.

- Miguel.* (Voy a pasar un buen rato.)
Elisa. Esta señora es mamá.
Frutos. ¡Ah!... Servidor... Como allá
no llegó más que un retrato...
Marquesa. Y aun ese estaba de sobra.
¡Después de verla pintada,

10. Al primer tapón, zurrapas. La *zurrapa* es el sedimento de algunos líquidos, que se va sentando en el fondo. (*DRAE*). La frase viene a significar 'fracasar a la primera tentativa; salir mal una cosa desde el principio'. (J. M^a Irribarren, *El porqué de los dichos*. Pamplona, 1993.)

llamar novia a la criada!
¡Qué horror!

Frutos. La misma zozobra...

Y..., la verdad, no esperé
que en tan feliz coyuntura
me esperase mi futura
sentada en el canapé.
Hallar pensaba a mi bella,-
no sé si esto es excederme,-
con tanta gana de verme
como yo de verla a ella.
Topo al colarme aquí dentro
una chica de buen porte,
y creo que es mi consorte
la que me sale al encuentro;
no reconozco el traslado,
mas digo para mi pecho,
¡eh! siempre va largo trecho
de lo vivo a lo pintado;
en esto viene a advertirme
el señor que me equivoco;
pero si se tarda un poco,
¡zas! yo la abrazo, y de firme.

Miguel. (¡Me gusta el desembarazo!)

Elisa. (Pues no es tonto, aunque grosero.)

Marquesa. Esta es la novia.

Frutos. ¡Ah! sí...

Marquesa. Pero

suprima usted el abrazo.

Frutos. Bien. Mis fines eran buenos,
mas me aguanto y no me pico.
No me hará pobre ni rico
un apretón más o menos.
Y abrazos del corazón,
hijos de pura alegría,

- no se dan a sangre fría,
sino así..., de sopetón.
- Remigio.* [A la Marquesa.]
Cosas de así... como así;
mas cuando él recapacite
que no estamos en Belchite...
- Frutos.* Ya sé que estamos aquí.
(¡Vaya una familia tiesa!
Pues aunque fuera yo el coco...)
- Remigio.* [En voz baja a la Marquesa.]
El soltará poco a poco
el pelo de la dehesa.
- Marquesa.* ¿No toma usted una silla?
- Frutos.* Sí haré, si no es contra fuero
que un honrado forastero
tome asiento en esta villa.
- [Se sienta, y hacen lo mismo D. Miguel y D. Remigio.]
- Marquesa.* Volviendo a lo del abrazo,
aquí no se mira bien
que los novios se le den
antes del solemne lazo.
- Frutos.* Si amor les hace cosquillas,
aquí y allí creo yo
que, si con testigos no,
se abrazarán a hurtadillas.
Lo primero es más honesto;
mas ni así ni de otro modo
en abrazar me incomodo
a quien me pone ese gesto.
- Marquesa.* (Cedamos, que ya se amosca.)
No crea usted que ella sienta...
- Frutos.* [Con enfado.]
Pues si ha de ser mi parienta
que no me mire tan fosca.

- Marquesa.* Su modestia no permite...
- Frutos.* Ya me carga su modestia.
¿Qué va a que tomo una bestia
y doy la vuelta a Belchite?–
¡Bien! Ya se ríe. Esto es algo.
- Elisa.* ¿Qué tal el viaje?
- Frutos.* Tal cual;
mas volqué en un pedregal
y a poco me desnalgo.
- Miguel.* [*Haciendo ascos.*]
(¡Me desnalgo!)
- Frutos.* En diligencia
no vuelvo a viajar.
- Remigio.* Pues ¿cómo?
¿En carro?
- Frutos.* En mi macho romo,
que es animal de conciencia.
- Remigo.* [*Aparte a D. Miguel.*]
Se conoce que los dos
simpatizan.
- Frutos.* [*Mirando a Elisa embebecido.*]
¡Oh qué linda!
¡Qué boca! Es como una guinda.
¡Qué talle! ¡Vágame Dios!
- Elisa.* Mil gracias por la lisonja.
- Frutos.* No ¡Qué ojuelos! ¡Oh qué fragua!
La boca se me hace una agua,
y el corazón una esponja.
- Miguel.* (¡Cómo la requiebra el ganso!)
- Marquesa.* (Ya me tiene el alma en vilo
y si no le corto el hilo...)
- [*A D. Frutos levantándose, y todos hacen lo mismo.*]
Usted ha menester descanso...

Frutos. Yo no. Al lado de una bella...

Marquesa. No obstante...

Frutos. Obedezco pues.

[*A Elisa.*]

Adiós, cordera.

[*A la Marquesa.*]

¿Cuál es
mi habitación?

Marquesa. [*Mostrando a la derecha.*]

Es aquella.

[*Al volverse de pronto D. Frutos, derriba un velador
que habrá en medio de la sala con un juego de té.*]

Frutos. Voy... ¡Voto al siete de bastos...!

Elisa. ¡Jesús!

Marquesa. ¡Mi almuerzo de china!

Frutos. ¡Otra! ¿Quién, diablo, imagina
poner en medio los trastos?

Ramigio. Ayude usted...

[*Entre D. Miguel y D. Remigio levantan el velador y
lo demás.*]

Marquesa. ¡Ayer mismo
un dineral me costó!

Frutos. ¿No fuera peor que yo
me hubiera roto el bautismo?
En mi tierra...

Marquesa. ¡Hombre funesto!

Frutos. No sucede eso.

Remigio. [*A D. Miguel.*] Ya va
escampando.

Frutos. Porque allá
cada cosa está en su puesto.-
Pero, en fin, por cuatro frascos
no hemos de gemir ahora.

Sosíéguese usted señora,
que yo pagaré los cascós.
Conque... hasta luego.

[*Vase por la puerta de la derecha.*]

Remigio. [*Aparte a la Marquesa.*] Es novicio...

Marquesa. Maldecido sea, amén.
Sígale usted... Yo también;
¡no haga allí nuevo estropicio!

ESCENA XI.

ELISA. D. MIGUEL.

Elisa. (¡Ese novio es una fiera!)

Miguel. El novio es hombre de gusto.
Yo celebro como es justo...

Elisa. [*Enfadada.*]
¡Don Miguel!...

Miguel. [*Remedando a D. Frutos.*]
Adios, cordera.

Elisa. (Yerta como esa pared
me ha dejado.)

Miguel. Ah, ah, ¡qué risa...!
Él me vengará de Elisa.

Elisa. [*Vase por la puerta de la izquierda.*]

Miguel. [*A la puerta y se retira luego por el foro.*]
¡Justo castigo de Dios!

ACTO SEGUNDO

ESCENA I.

LA MARQUESA. ELISA.

Marquesa. Vaya, esas son niñerías,
y aunque en parte las disculpo,
ya tu palabra empeñaste
y quebrantarla no es justo.

Elisa. Pero, mamá, ¡si es un hombre
de tan mal tono, tan rudo...

Marquesa. Alguna corteza tiene,
mas como de esos palurdos
en dos meses de Madrid
se vuelven finos y pulcros
y elegantes. Por ventura,
¿es menester grande estudio
para imitar a esa cáfila¹¹
de galancetes insulsos
que en tertulias y cafés
pasan por hombres de gusto?
En cuatro días se aprende
con un mediano discurso
la cháchara insustancial
con que se lucen algunos.
Mientras tanto ¿qué hace un hombre
para no soltar rebuznos?
Callar, frunciendo las cejas
con estudiado repulgo,

11. *Cáfila.* 'conjunto o multitud de gentes, animales o cosas' (*DRAE*)

y decir al que se admire
de verle tan taciturno:
“¡soy romántico, soy genio!
Mi misión en este mundo
es... ¡callar!”;- y si a esto añade
una contracción de músculos,
y se va sin saludar
retorciéndose los puños,
dirán: “¡lástima de joven!
su espín le abrirá el sepulcro.
¡Qué buenas cosas se calla!
¡qué talento tan profundo!”-
Para vestir a la moda
¿qué ciencia, qué genio infuso
ha menester, donde hay sastres,
quien cuenta miles de duros?-
Para abonarse en la ópera
y, según viene el impulso,
chichear la cavatina
o dar aplausos al dúo,
no es preciso conocer
las reglas del contrapunto;
ni otra cosa se requiere
que tener dinero y mucho
para jugar tres albures...
el que no truena al segundo.
Así se suelen formar
los petimetres al uso,
y más de cuatro tal vez
entre los de alto coturno
en eso de letras gordas
dan quince y falta a don Frutos.
¡Oh! tú dirás lo que quieras,
pero esos modales rústicos
no se olvidan fácilmente;

Elisa.

ni después de cinco lustros
muda de hábitos un hombre
que se halla bien con los suyos.
Tú viste cuál se anunció
desde su primer saludo.
Tú viste...

Marquesa. Dices muy bien;
necio y aturdido estuvo;
pero es achaque de novios.
¿Quién no paga ese tributo?
Yo me enfadé más que tú,
porque tengo malos humos;
mas considerando luego
que, si es mazacote y brusco,
ni entendimiento le falta,
ni tiene el alma de estuco;
recordando la postrera
voluntad de mi difunto,
y mirando en fin la cosa
con madurez y con pulso,
veo que fuera bobada
renunciar por tus escrúpulos
al acaudalado yerno
que me sacará de apuros.

Elisa. ¡No eres tú la amenazada
de sujetarte a su yugo,
mamá; que si fuera así
tomarían otro rumbo
tus reflexiones!

Marquesa. ¿Acaso
no es buen mozo, blanco, rubio...?

Elisa. Sí, su figura me agrada,
mas dirán que es un absurdo...

Marquesa. Simplecilla, no te cuides
de lo que murmure el vulgo.

Tú te casas para ti,
no para él; y, por último,
¿quién repara ya en maridos?
Todos vienen a ser unos.
Las mujeres dan el tono
con sus gracias y su lujo.
¿Qué hacen ellos en un baile,
por ejemplo? Como búhos
se van todos agrupando
en el rincón más oscuro
de la sala. Allí reparten
los dominios del gran turco,
y en un dos por tres revuelven
el Tajo con el Danubio;
o en el tresillo engolfados
disputan como energúmenos
sobre si echaste la *mala*¹²
debiendo rendir el *punto*¹³...;
y no sabe alguno de ellos
que mientras cuenta los triunfos,
un galán le da *codillo*¹⁴
y su esposa hace *renuncio*¹⁵.

Elisa.

Pero, mamá...

Marquesa.

Calla, chica,
que ya sale tu futuro.

ESCENA II.

LA MARQUESA. ELISA. D. REMIGIO.

Marquesa. ¿No viene el aragonés?

12. *Mala*. O *malilla*, la segunda carta de más valor en el juego.

13. *Punto*. El *as* de cada palo; la mejor carta.

14. *Codillo*. 'En algunos juegos de cartas, lance de perder el que ha entrado, por haber hecho más bazas que él alguno de los otros jugadores' (*DRAE* 6)

15. *Renuncio*. 'Falta que se comete renunciando en algunos juegos de naipes.' (*DRAE*)

- Remigio.* Tardará unos instantes.
Se está calzando los guantes...
- Elisa.* ¡Qué! ¿se los pone en los pies?
- Remigio.* He usado una figura
retórica.
- Marquesa.* ¿Está buen mozo?
- Remigio.* ¡Oh! sí, señor; da gozo;
sólo que el pobre se apura...
- Marquesa.* El vestía tan holgado...
- Remigio.* Pues, y al que no está hecho a bragas
las costuras le hacen llagas.-
Pues todo le está pintado.
Un buen sastre y mucha plata...
Yo le he dado, por supuesto,
instrucciones y le he puesto
por mis manos la corbata.
Por poco que yo le exhorte
y por poco que él me imite,
ese roble de Belchite
se aclimatará en la Corte.
Sí, le puliremos pronto,
que, aunque él tiene, y lo confiesa,
el pelo de la dehesa,
no tiene pelo de tonto.
Si le mira con desdén
Elisa, a fe que le ultraja.
- Elisa.* ¿De veras?
- Remigio.* Es una alhaja.
Doy a usted mi parabién.
- Marquesa.* Pero esos guantes, ¡señor...!
- Remigio.* Ya me van dando cuidado.
Voy a ver...
- Elisa.* No le habrá dado
don Remigio el calzador.

ESCENA III.

LA MARQUESA. ELISA. D. REMIGIO. D. FRUTOS.

[*Don Frutos se presenta vestido de rigurosa moda, muy tieso de cuello y de cintura, pero andando con dificultad como si le apretasen las botas. Trae puestos los dos guantes, y uno de ellos roto.*]

Frutos. (Yo creía que en un mes
no me entraban...)

Elisa. [A su madre en voz baja.]

¡Ay, qué tieso!

Frutos. [Haciendo un gesto y dando con el pie en el suelo
como para que acabe de entrar la bota.]

¡Por vida...! -Señoras, beso
a ustedes los cuatro pies.

Marquesa. ¿Cómo cuatro pies!

Frutos. La cuenta
no marra. Dos y dos...

Marquesa. Ya.

Frutos. ¡Pues ya! los dos de mamá
y los dos de mi parienta.

Remigio. (Ya se enmienda el Ganimedes¹⁶.)

Frutos. Me ha dicho este caballero
que es saludo muy grosero
el decir: Dios guarde a ustedes;
y que en Madrid a estas horas,
como pueblo más cortés,
se estila besar los pies
verbalmente a las señoras.
Para hacerlo con más gala,
yo al besar los he contado,
y más hubiera besado

16. **Ganimedes.** Príncipe troyano, muy hermoso y homosexual, raptado por Zeus y llevado al Olimpo donde fue su favorito y escanciador de las copas de los dioses.

- si más hubiera en la sala.-
¡Maldita sea la bota!
Estoy viendo las estrellas.
- Remigio.* ¡Si son tan suaves...Con ellas
bailara yo la gavota¹⁷.
- Frutos.* No las llevo yo ni un día.
¡Qué martirio tan cruel!
- Remigio.* Ya dará de sí la piel.
- Frutos.* Sí, ¡destrozando la mía!
- Remigio.* En Madrid los elegantes
no calzan lo que su pie.
Un puntito menos...
- Frutos.* ¿Eh?
- Remigio.* Es de rigor.
- Frutos.* ¿Y los guantes?
Antes los veo deshechos
que puestos, y si aun a gusto
dan guerra a un hombre robusto,
¿qué será viniendo estrechos?
- Remigio.* Guante estrecho es muy señor.
- Frutos.* [*Mostrando el guante.*]
¿Aunque se haga este rasguño?
- Elisa.* Si con él se cierra el puño,
mal guante.
- Remigio.* Sí; es de rigor.
- Frutos.* De oír a ustedes me chafo
y de ver que estos enredos
me engarabatan los dedos
como si estuviera gafo¹⁸.

17. *Gavota*. 'Especie de danza grave entre dos personas, hoy en desuso, en la que, como peculiaridad frente a otras danzas graves, los bailarines levantaban los pies del suelo'. Del francés *Gavotte*, referido a lo procedente de *Gap*, ciudad francesa de los Altos Alpes. Bretón emplea también esta palabra en *Marcela*, *Elena* y *Muérete ¡y verás!*. También puede leerse en *Mesonero Romanos*.

18. *Gafo*. 'Que tiene encorvados y sin movimiento los dedos de manos y pies' (*DRAE*)

- ¡Y esta invención de trabillas...!
¿Y el corbatín? ¿Quién lo aguanta?
Ataruga la garganta
y en la oreja hace cosquillas.
Pues ¿Y el fraque? Esto es lo peor.
¿Quién se lo abrocha en un lance?
No hay forma de que me alcance...
- Remigio.* No se abrocha. Es de rigor.
- Frutos.* ¿Se creerán los oficiales
de sastre que tengo gonces?
¡No se abrocha! Pues entonces,
¿de qué sirven los ojales? -
Mas de tantas perfecciones
la que más me maravilla
es la especie de cotilla
que me oprime los riñones.
- Remigio.* [A la Marquesa.]
Es una faja de goma
elástica para que entre
en razón su enorme vientre,
porque si no se le doma...
- Frutos.* Pero, hombre, ¡por san Melchor...!
tener barriga ¿es delito?
- Remigio.* Aquí todo señorito
la suprime. Es de rigor.
- Frutos.* [Remedando a D. Remigio.]
Es de rigor...
[Enfadado.]
¡Tío Calores!
¿sabe usted que ya me voy
enfurrñando y que doy
al diablo tantos rigores?
- Remigio.* No lo tome usted a mal.
- Marquesa.* Son lecciones de buen tono.
- Frutos.* Si quiere volverme mono,

se engaña, ¡cuerpo de tal!
Hoy me pongo estos arreos
porque usted los mandó hacer...

Marquesa. Sí.

Frutos. Y a ninguna mujer...

Marquesa. (¡Huy! ¡Mujer!)

Frutos. Hago yo feos;
mas determinado estoy
con propósito muy firme
a calzarme y a vestirme
a medida de quien soy.
Y si aquí no puedo hallar
sastre que entienda mi porte,
vendrá a vestirme en la corte
el sastre de mi lugar;
que yo gusto de estar horro,
y no dar tormento al bazo,
y mover el pie y el brazo
sin necesitar socorro.

Elisa. (¡Ah!)

Marquesa. Bien; si a usted le molesta...

Frutos. Levita y fraque, en buena hora.
También por allá, señora,
se usan el día de la fiesta.

Elisa. [*Con sobresalto.*]

Y en los días de trabajo
¿Qué usaba usted?

Frutos. Aunque charra,
una peluda zamarra
cuando hace frío me encajo,
y en verano, amada Elisa,
chaquetilla de mahón;
mas si aprieta la estación
ando en mangas de camisa.

Elisa. (¡Ay de mí!)

- Frutos.* Todo muy ancho,
que para andar por los cerros
con las escopeta y los perros,
y el tío Roña y el tío Francho...
- Elisa.* ¡Ay, qué nombres! ¡El tío Roña...!
- Frutos.* Allí todos tienen mote:
tío Tozuelo, tío Perote,
tía Lechuza, tía Ponzña...
Yo vivo allí sin empacho
y mido por un rasero
al hidalgo y al pechero,
al leñador y al ricacho.
Otros con menos caudal
desdeñan a los Perotes,
que hay también allí quijotes
como en esta capital;
mas sólo mi grande abasto
se sabe allá por el brío
con que gasto lo que es mío...,
y doy más de lo que gasto.
- Remigio.* [*Aparte con Elisa.*]
¡Es filósofo!
- Elisa.* Y buen hombre.
¡Eso sí!
- Frutos.* Cuando me junto
con alguien, no le pregunto
su apellido ni su nombre;
que sea honrado me basta.
Quizá cuanto más antigua
con menos fe se atestigua
la pureza de una casta.
¿Quién será el santo varón
que diga con juramento:
¡veinticinco abuelos cuento
y ninguno fue ladrón!-

No pongo en este capítulo
a ustedes, ni me desdeño
de llamar mi dulce dueño
a la heredera de un título.
En su última enfermedad
mi padre me lo mandó,
y, aun difunto, quiero yo
que se haga su voluntad;
y cuando tan linda es
la que hace tanto honor,
bien puedo yo, pecador,
resignarme a ser marqués.

Elisa. [Aparte a la Marquesa.]
¿Oyes, mamá? ¡Se resigna!

Marquesa. [En voz baja.]
¡Eh! no lo tomes a ultraje.
No está ducho en el lenguaje...
Sé tolerante y benigna.

[A D. Frutos.]

Sin perjuicio de lo humano
y afable, yo confío
que en la corte, yerno mío,
sabrás usted ser cortesano.

Frutos. Veremos; haré un esfuerzo...
Quiero dar gusto a mi maja.-
Pero me prensa esta faja...
No digeriré el almuerzo.-
Aunque a Belchite no olvido,
daré honor al marquesado.
Lo propio para un fregado
soy yo que para un barrido,
porque... ¡El diantre de la bota...!
Muy primorosa, muy bella,
mas para jugar con ella
un partido de pelota...

Remigio. ¡Hola! Usted será muy diestro...
Frutos. ¡Oh, mucho! A lo largo y a ple¹⁹;
de todas maneras sé;
y no he tenido maestro.
Pues ¡correr...! Nadie me agarra.
Pues ¡saltar...! En cada brinco
de cuatro varas a cinco.
Pues ¿y tirar a la barra?
Tengo yo una fuerza atroz.
Elisa. (¡Ay Virgen de la Almudena!)
Frutos. Cargué un día en Cariñena
cuatro quintales de arroz.

ESCENA IV.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS. D. REMIGIO. JUANA.

Juana. La condesa del Ejido.
Marquesa. Que entre...
Juana. Ya está en el estrado.
Marquesa. Voy corriendo...
Juana. Ha preguntado
si había el huesped venido.
Marquesa. [En voz baja.]
¿Qué has dicho?
Juana. Que irá al instante.
Marquesa. ¡Todo lo hacéis al revés!
(Pero si ha de ser después...)
Allá vamos.
Juana. [Mirando a D. Frutos.]
(¡Qué elegante!)

19. Ple. 'Juego de pelota, en que se arroja esta contra la pared'. Del inglés *play* 'jugar'.

ESCENA V.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS. D. REMIGIO.

- Marquesa.* [A D. Frutos.]
Venga usted.- Elisa, ven.
- Frutos.* ¿Visita?
- Marquesa.* Sí.
- Remigio.* (Dios enfrene
su lengua.)
- Marquesa.* Mi prima viene
a darnos el parabién.
- Frutos.* ¡Corriente! Vamos allá...
- Remigio.* [En voz baja a D. Frutos.]
Hombre..., ¡el brazo a la señora!
- Frutos.* Ah, sí, sí. Tómale, aurora.
[Se lo ofrece a Elisa.]
- Elisa.* Désele usted a mamá.

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. D. REMIGIO.

- Marquesa.* [Tomando el brazo de D. Frutos.]
Venga.
- Frutos.* (He de ser su pariente,
y no me dejan ahora...)
- Remigio.* Usted, por lo visto, ignora
la legislación vigente...
- Frutos.* Pero, señor, ¿qué más da...?
- Marquesa.* Mientras otra ley no rija,
no se da el brazo a la hija
si hay de por medio mamá.
- Frutos.* Está muy bien, mamá mía.
Usted disponga de mí...
- [Poniéndose la mano en el estómago.]

(Ya se me ha sentado aquí...
¡y no es suegra todavía!)

ESCENA VII.

D. REMIGIO

¡Vaya, que es original
el mocito aragonés!
Y no es hombre que se mama
el dedo, que sabe bien
dónde le aprieta el zapato,
como el otro montañés.
¡Ya tiene alma...! Harto será
que hagamos carrera de él.
Y si ahora tasca el freno,
¿qué hará el amigo después?
Mucho me temo... Pero ella
lo quiere, y siempre fue
mi sistema favorito
dejar el mundo correr,
no indisponerme con nadie
y decir a todo amén.
Voy ahora a hacer la corte
a esas damas...

ESCENA VIII.

D. REMIGIO. D. MIGUEL.

Miguel. ¡Oiga usted!
Tenemos que hablar.

Remigio. Con mucho
gusto, señor don Miguel.

Miguel. ¿Se casa por fin Elisa
con ese novio soez?

Remigio. Creo que sí. Su fortuna

- es hoy la misma que ayer;
colosal, y la Marquesa
no querrá soltar el pez.
- Miguel.* Mas ¿qué dice Elisa?
- Remigio.* Creo
que es del mismo parecer.
- Miguel.* ¿Sí?
- Remigio.* No simpatiza mucho
con el rústico doncel,
pero andando el tiempo espera
domesticarle tal vez,
y en tanto con doce mil
duritos de renta... ¡Pues!
- Miguel.* ¡Pues!
- Remigio.* Y, bien considerado,
la boda es igual.
- Miguel.* ¿Por qué?
- Remigio.* Ella, esposa de don Frutos,
puede vivir con el tren
correspondiente a su clase;
él, como dijo no ha mucho,
se resigna a ser marqués;
él lleva en arras el oro
y la novia el oropel.
- Miguel.* ¿Conque aprueba usted la boda?
- Remigio.* ¡Vaya si la apruebo! Cien
y cien veces...
- Miguel.* Pues yo digo
que es boda de Lucifer.
- Remigio.* ¿Cómo...? ¡Usted...!
- Miguel.* Y el que la apruebe
debe andar en cuatro pies.
- Remigio.* (Me hace temblar.) Con efecto...,
puede haber razones...
- Miguel.* ¿Eh?

- Remigio.* No tiene que enfadarse.
Mi voto no tiene fuerza de ley.
Convénzame usted. Soy hombre
que me dejo convencer.
- Miguel.* ¡Voto a briós...!
- Remigio.* Yo no creí
que usted tuviese interés
en probarme lo contrario.
- Miguel.* ¡Voto a...! ¿No lo he de tener,
si soy amante de Elisa?
- Remigio.* ¿De veras? ¡Oh!... Ya se ve,
como usted ha estado ausente,
yo ignoraba... ¡Vaya! ¿Quién
ha de aprobar que aquel bárbaro
sea preferido a usted?
- Miguel.* ¡Y la ingrata le prefiere!
- Remigio.* [Enternecido.]
¡Calle usted! Eso es cruel.
- Miguel.* Mas la culpada no es ella.
- Remigio.* Así lo creo yo también.
- Miguel.* Sino su madre...
- Remigio.* ¡Oh! ¡Las madres...!
- Miguel.* Y usted.
- Remigio.* ¿Yo?
- Miguel.* Sí; yo lo sé.
- Remigio.* Pero...
- Miguel.* Usted es el *factotum*
de esta casa.
- Remigio.* ¿Qué he de ser,
pobre de mí...!
- Miguel.* Si esa falsa
me ha mirado con desdén,
si se casa con don Frutos,
a usted debo esa merced.
- Remigio.* ¡Hombre! Yo...

- Miguel.* Usted aplaudía
la boda, no ha mucho.
- Remigio.* Bien,
no lo niego; pero yo
hablaba de buena fe...
- Miguel.* Yo exijo que desde ahora
proceda usted al revés.
- Remigio.* Pues digo que es execrable,
- Miguel.* No me basta. Es menester
decírselo a la Marquesa,
a su hija, al novio; a los tres.
- Remigio.* Pero ¡por Cristo...! ¡Si ya
les he dado el parabién!
¿Cómo gobernarme ahora...?
¡Usted me quiere perder!
- Miguel.* De consejo muda el sabio.
- Remigio.* ¿Cómo hago yo este entremés...?
- Miguel.* Un parásito es histrión
que hace cualquier papel.
- Remigio.* Veremos, pero...
- Miguel.* No hay pero
que valga, un buen alfiler
de brillantes si usted logra
que se deshaga el pastel;
mas si esa boda ridícula
se efectúa...
- Remigio.* (¡Ay san Ginés!)
Yo...
- Miguel.* Tenga usted entendido
que pagará con la piel.
- Remigio.* ¡Qué atrocidad! ¿Soy yo el cura?
¿Soy yo el novio somatén²⁰?

20. Somatén. Aquí viene a significar 'alborotador'.

- Miguel.* Todo se andará. Primero
que me vea yo con él,
procuremos arreglar
la cosa de bien a bien.
- Remigio.* (¡De bien a bien, y me quiere
matar!)
- Miguel.* Me vuelvo al café,
que si veo a esa traidora
no me podré contener.
Conque, lo dicho, compadre.
A la tarde volveré...
- Remigio.* Bien, yo aguzaré el ingenio,
yo pondré pies en pared...
- Miguel.* O me caso con Elisa,
o nos batiremos.
- Remigio.* ¿Qué?
Yo no me bato con nadie.
Tengo respeto... a la ley.
- Miguel.* Pues si usted no acepta el duelo
y Elisa me deja a pie,
le corto a usted las orejas
como dos y una son tres.

ESCENA IX.

D. REMIGIO

¡Jesús, qué demonio...! Estoy
por dar parte al coronel...
Vuelve Elisa. Si pudiera
disuadirla... Probaré.

ESCENA X.

ELISA. D. REMIGIO.

Elisa. ¡Ay, don Remigio de mi alma!

Remigio. ¿Qué tiene usted, criatura,
que viene tan afligida?
¿Ha hecho alguna de las suyas
el aragonés?

Elisa. ¡Ah, qué hombre!
¡Dios mío! No podré nunca
acostumbrarme a su trato.
Yo me vengo aquí confusa,
avergonzada. Mamá
se fatiga en vano, suda
para atajar el torrente
de sandeces y tontunas
con que el bueno de don Frutos
cual Dios le crió se anuncia.
Mi tía, que es tan satírica
y de un entierro se burla,
le da cuerda y nos dispara
un dardo en cada pregunta.

Remigio. Mas ¿Qué hace el novio? ¿Qué dice...?

Elisa. ¡Ay Dios, qué caricatura!
Ni un momento está parado.
Ya se empina y gesticula
porque las botas le aprietan
o le duele la cintura;
ahora el corbatín se afloja
y el lazo queda en la nuca;
parecen devanaderas
las piernas, según las cruza;
braceando sin descanso
en la silla se columpia;
le dicen un cumplimento,
y él endereza una pulla;
y, para colmo de gracias,
saca una bolsa de nutria,
la deslía, toma un puro
enciende un fósforo ¡y fuma!

Remigio. ¡Horror!

Elisa. Y no sabe hablar
más que del campo y la lluvia,
y las crecidas del Ebro,
y la feria de la Almunia,
y los jornales que paga,
y los perros que le aúllan.

Remigio. ¡Oh!

Elisa. La condesa le brinda
con su escogida tertulia,
y él habla de su bodega
con ciento ochenta cubas;
observa que es verde oscuro
un lienzo de la pintura,
recuerda sus olivares,
y dice: se heló la fruta,
pero hogaño es asombrosa
la cosecha de aceituna;
toma por fin un periódico
y leyendo en sus columnas:
“la cámara de los pares...”
interrumpe la lectura
y exclama: ¿qué harán ahora
mis doce pares de mulas?

Remigio. Vamos, nada hay que esperar
de aquella materia bruta.
Vuélvase por donde vino.
¿Qué importa su gran fortuna
si la ha de comprar usted
con lágrimas de amargura?

Elisa. ¿Es posible...? Pues no ha mucho
que aplaudía usted con suma
satisfacción nuestra boda.

Remigio. Ahora me parece absurda.
Las torpezas que yo vi,

- aunque a la verdad son muchas,
para un novio lugareño
eran *peccata minuta*,
mas lo que usted me ha contado
me horroriza, me espeluzna.
- Elisa.* Con todo, puede que el tiempo...
- Remigio.* No hay que cansarse. Es muy dura
aquella testa. ¡Qué acémila!
Por milagro no rebuzna.
- Elisa.* ¡Poco a poco, don Remigio!
Él no es lerdo. Usted le insulta.
- Remigio.* Señora, yo...
- Elisa.* Tiene prendas
muy laudables.
- Remigio.* Sin disputa,
pero...
- Elisa.* Puede ser mi esposo,
y quien le injuria, me injuria.
- Remigio.* Como no lo es todavía,
y deseo la ventura
de usted... (Hoy en nada acierto.)
No sabe usted las angustias
que paso para... En fin,
yo juzgo lo que usted juzga,
quiero lo que quiere usted,
sufiré lo que usted sufra,
y cuando usted me consulte
porque tenga alguna duda,
consultaré con usted
la respuesta a la consulta.

ESCENA XI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. ELISA. D. REMIGIO.

- Frutos.* [A *Elisa.*]
¡Ah!, que estás aquí... Perdona

- mi vida, si te tuteo,
que mi cariño lo abona.
¡Qué gallarda y guapetona!
Me embobo cuando te veo.
¿Cuándo la boda será?
Sólo de pensarlo, ya
toda el alma se me alegra,
y estoy... Marquesa mamá,
sea usted pronto mi suegra.
- Elisa.* (¡Ay cielo!)
- Frutos.* Sin aparatos.
Cuanto menos embolismo,
mejor. Haya buenos platos,
y luego...
- Marquesa.* Mañana mismo
se firmarán los contratos.
- Frutos.* ¡Mañana!
- Remigio.* (¡Triste de mí!)
- Frutos.* Jamás igual regocijo
en mi corazón sentí.
La amaré a usted como un hijo.
[A *Elisa.*]
y como un esclavo a ti.
- Elisa.* (¿Qué oigo!)
- Frutos.* Serás mi regalo,
mi delicia.
- Remigio.* (Esto va malo.)
- Elisa.* [Aparte con *D. Remigio.*]
¿Oye usted esos extremos?
- Remigio.* Es que ahora le cogemos
en un lúcido intervalo.
- Frutos.* Tú vivirás satisfecha.
Mis ganados, mi cosecha,
mis haciendas, mi dinero;
todos es para ti, lucero,

desde la cruz a la fecha.
Es tosca mi educación
para aspirar a tal moza;
yo te hago esta confesión;
pero tengo un corazón
como de aquí a Zaragoza.
el encontrará el camino
de agradar a mi mujer.
Para amar con desatino
no creo que es menester
que uno sea lechuguino.
En lo que yo no esté ducho
corrige tú mis maneras.
Verás qué dócil te escucho.
Tú harás de mí lo que quieras...
siempre que me quieras mucho.
Así con igual placer,
luego que al pie del altar
me digas: soy tu mujer,
tú me enseñarás a hablar;
yo te enseñaré a querer.

Marquesa. ¡Bien, don Frutos!

Elisa. (¡Qué sorpresa!
De haberle ajado me pesa.)

Marquesa. [*Aparte a Elisa.*]
Vaya, responde.- ¿No puedes?

Elisa. [*En alta voz.*]
Yo...

ESCENA XII.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS. D. REMIGIO. JUANA.

Juana. Cuando gusten ustedes...
Ya está la sopa en la mesa.

ESCENA XIII.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS. D. REMIGIO.

Frutos. [Ofreciendo el brazo a la Marquesa.]
Haremos los dos un lazo...

Marquesa. [Tomando el brazo de D. Frutos.]
Gracias.

Frutos. (¡Vaya una pandorga²¹...!)
[A Elisa.]

Conque...¿me querrás muchazo?

Marquesa. Ya ve usted, quien calla otorga.

Elisa. [Mirando a D. Frutos con ternura.]

Déme usted el otro brazo.

[Vanse por la izquierda del foro.]

ESCENA XIV.

D. REMIGIO.

¡Oh miedo!, ¿Qué me aconsejas?

Mientras la niña se humana

vendrá el otro a darme quejas...

¡Pobre Remigio! Mañana

amaneces sin orejas.

[Sigue a los novios y a la Marquesa.]

21. **Pandorga.** 'Mujer muy gorda y pesada, o floja en sus acciones' (*DRAE* 5); también podría significar aquí 'figurón'.

ACTO TERCERO

ESCENA I.

D. FRUTOS. D. REMIGIO.

[*Está anocheciendo. Vienen D. Frutos y don Remigio por la izquierda del foro.*]

Remigio. ¡Soberbia comida!

Frutos. Sí,
pero sin tanto primor,
a mí me iba más a gusto
mi cocina de Aragón.

Remigio. Tiempo hace que no he bebido
mejor vino de *Bordeaux*...

[*Mudando de tono como para hacerse comprender.*]

Burdeos.

Frutos. Me importa poco
el nombre de ese señor,
porque me sabe muy mal
en francés y en español.

Remigio. Hombre, un Burdeos legítimo...
¡y de *Lafitte*! ¡Un licor
europeo!

Frutos. Y yo ¿qué tengo
que ver con Europa? Soy
de Belchite. - Y contra el mismo
patriarca Noé, inventor
de la vendimia, sostengo
que es vino de munición
ese que usted me pondera;

que agri-áspero de sabor,
ni me calienta el estómago
ni me alegra el corazón,
y, en fin, que para vinagre
lo he vendido yo mejor.

Remigio. No dudo...

Frutos. Donde está el vino
de Belchite...

Remigio. Ya me doy
por vencido.

Frutos. ¿Y la garnacha
de Cariñena, Aguarón,
Longares, Cosuenda... ¡Aquello,
aquello es gracia de Dios!

Remigio. No se estilan esos vinos
en las mesas *comm'il faut*;²²
pero en siendo usted de casa,
ha cometido un error
la Marquesa en no obsequiarle
con una botella o dos
de Cariñena.

Frutos. ¡Es mi suegra!-
Y, por Cristo, que ya estoy
apestado de ella. ¡Vaya,
que es mucha persecución!
¡No permitir que me siente,
ni en la mesa, junto al sol
de mis ojos...! ¡Y qué empeño
de darme en todo lección!

22. *Comme il faut*. 'Elegante', 'distinguido', 'de buen tono', 'de buena sociedad'. Esta es una expresión francesa muy empleada por Bretón y por otros escritores de la época, como Clarín o Mesonero. En Bretón aparece en *Dios los cría y ellos se juntan*, *Un francés en Cartagena*, *La hipocresía del vicio*, *La cabra tira al monte* y *La escuela del matrimonio*.

Toda la comida ha estado
quemándome a media voz.-
Quítese usted del ojal
la servilleta. ¡Qué horror!-
Pues ¿Dónde la pongo?- Suelta,
encima del pantalón.-
¡Vaya!- ¿Qué hace usted? La sopa
se come con tenedor.

Remigio. [Entre dientes.]
Eran rabioles.

Frutos. Y mucho
que he rabiado.

Remigio. (¡Es hombre atroz!)

Frutos. Y después me hizo comer
con la cuchara el melón,
y servirme la ensalada...
¡con tijeras!- ¡Voto a briós...!

Remigio. Muy mal hecho. Ella ha debido
tratarle a usted *sans façon*.

Frutos. ¡Vaya, que en Madrid es obra
el ser uno hombre de pro!

Remigio. Sí, ya raya en tiranía
moler con tanto sermón
a un hombre que tiene barbas
y entre malvas no nació.

Frutos. ¿Sí? Pues aplíquese usted
ese texto desde hoy.
No pida peras al olmo,
y deje a cada varón
que haga de su capa un sayo.
¡No más figurines!

Remigio. ¡Oh!
perdone usted. Yo creí
que una mano de charol,
digámoslo así, daría

- más realce y esplendor
a esas formas elegantes
y a esa innata discreción...
- Frutos.* ¡Eh! menos lagoterías,
que yo no gusto...
- Remigio.* A eso voy.
Mas viendo que usted no tiene
decidida vocación
al frívolo formulario
del gran tono, dije yo:
¿no es un cargo de conciencia
violentar la inclinación
de ese apreciable mancebo?
Sí; que, como dijo *Humboldt*,
suele a fuerza de cultivo
perder su aroma la flor.
- Frutos.* Pues corriente.
- Remigio.* Y... ¿Quiere usted
que le diga, acá *inter nos*,
lo que siento?
- Frutos.* Norabuena.
- Remigio.* (¡Si él hiciese dimisión...!)
Pues a usted no le conviene
tal boda.
- Frutos.* ¿Cómo que no?
- Remigio.* Elisa es bella...
- Frutos.* ¡Otra! ¡Miren
qué pedrada!
- Remigio.* Mas no estoy,
si he de decir la verdad,
muy seguro de su amor.
- Frutos.* Yo sí, que ya con su boca
de almíbar me lo juró.
- Remigio.* No obstante, la diferencia
de gustos, de educación...

- Frutos.* ¡Eh! ya nos gobernaremos.
¿Soy yo algún tigre feroz?
- Remigio.* No es todo lo que reluce
oro a prueba de crisol.
- Frutos.* No puede mentir un ángel.
- Remigio.* De una mala tentación
ni los ángeles se libran.
¡Dígalo aquel que cayó!
- Frutos.* ¡Dale! ¡Si yo...!
- Remigio.* El interés,
la codicia...
- Frutos.* (¡Qué moscón!)
- Remigio.* ¡Ay, don Frutos! ¿Y esa madre?
Ya empieza a meter la hoz
en la mies ajena...
- Frutos.* ¿Qué importa?
Yo la haré entrar en razón.
- Remigio.* Créame usted, don Frutos.
Sin esperar al convoy,
vuélvase a Belchite.
Aquí hay confabulación
entre hija y madre...
- Frutos.* En la madre
cébese usted sin temor,
mas no hay que clavar el diente
en la hija, o ¡vive Dios...!
- Remigio.* ¡Oh! no se sofoque usted.
Yo lo decía... (¡Una coz!
Era de esperar.)
- Frutos.* No aguanto...
- Remigio.* ¡Si era una suposición...!
Como le he cobrado a usted
tanto cariño... (No doy
un cuarto por mis orejas.)

Frutos. ¡Por vida de Juslivol²³...!
Remigio. Vamos, vamos, me arrepiento;
me desdigo; se acabó.

ESCENA II.

D. FRUTOS. D. REMIGIO. JUANA.

Juana. [*En una mano trae luces, que deja sobre una mesa,
y en la otra un papel.*]

Felices noches.

Frutos. Bendito
y alabado...

Remigio. ¿Qué nos traes?

Juana. Este papel que me han dado
para el señor.

Frutos. ¿A ver? Dame.

[*Toma el papel y lo lee para sí.*]

Juana. El mancebo portador
espera respuesta.

Frutos. ¡Zape!
¡Esta es otra! Paño, hechura,
forro *et caetera* de un fraque,
setecientos.- Pantalón...

Remigio. Ya, ya... La cuenta del sastre.

Frutos. ¡La cuenta para mí! ¿Para qué?

Remigio. Sí, para que usted la pague.

Frutos. ¿Ahora salimos con esto?
Pues hombre, así Dios me salve,
yo pensé que era un regalo
de mi suegra este atalaje²⁴.

23. **Juslivol.** Grito de guerra de los cruzados medievales, que deriva del latín DEUS ILLI (o ILLUM) VULT, 'Dios le/lo quiere'.

24. **Atalaje.** 'Ajuar o equipo de vestuario'.

- Remigio.* Ya ve usted que no. Presumo
que para más adelante
reserva...
- Frutos.* Pues de ese modo
yo visto a cualquiera. ¡El diantre
de la mujer...! Yo sufría
con resignación la cárcel
en que ha metido mis miembros
mientras creí que era *gratis*;
pero ¡dar dinero encima...!
Remigio. [En voz baja.]
¡Calle usted! Eso es infame.
- Frutos.* Pues, señor, la pagaré,
que no quiero que me tachen
de cicatero.
[Leyendo.] Total,
cuatro mil doscientos reales.-
Pero una y no más. ¡Canario...!
[A Juana.]
- Juana.* Díselo así de mi parte.
Siempre ha sido una fineza
prevenir el equipaje...
- Frutos.* Yo no soy aficionado
a finezas semejantes.
¡Digo a usted que es corcho... ! Espera.
¡Por vida del rey don Jaime...!
[Entra en su cuarto.]

ESCENA III.

D. REMIGIO. JUANA.

- Juana.* ¡Vaya, pues tiene buen modo
de agradecer que se afanen
por vestirlo a lo marqués!
¿Querrá también...?

Remigio. Es un cafre,
y si da la mano a Elisa,
la va a matar a pesares.

Juana. Eso es lo que yo la digo.

Remigio. Sí; es preciso que trabajes
para disuadirla... (El miedo
me fuerza a ser intrigante.)

Juana. Ya se ve; ¿no es una lástima...?

Remigio. Un horror.

Juana. ¿Cuánto más vale
don Miguel...?

Remigio. ¡Oh! don Miguel...
(¡Maldito sea!) Es un ángel.
Si entre los dos conseguimos
que a Calamocha desbanque...

ESCENA IV.

D. FRUTOS. D. REMIGIO. JUANA.

Frutos. [*Dando a Juana monedas de oro.*]
Toma. Aquí sobra un doblón.

Juana. Volveré con lo sobrante...

Frutos. No. Para ti.

Juana. Gracias. (Ya
me parece más amable.)

Frutos. Novia te llamé... y no quiero
que lo hayas sido en balde.

Juana. [*Yéndose.*]
(Pues, señor, ¡viva Belchite!
y a don Miguel, Dios le ampare.)

ESCENA V.

D. FRUTOS. D. REMIGIO.

Frutos. Y, a todo esto, ¿por dónde andan
mi novia y su linda madre?

- Remigio.* Se fueron al tocador.
Frutos. Hombre, ¿a qué?
Remigio. A vestirse.
Frutos. ¡Calle!
Pues ¿no estaban ya vestidas?
Remigio. ¡Oh! sí, pero ¿usted no sabe
que vamos luego a la ópera,
y a la tertulia más tarde?
Cada acto de estos requiere
su correspondiente traje.
Frutos. ¡Otra! ¡Pues no es mal trajín...!
¿Y dónde hay caudal que baste...?
Remigio. Así lo exige la culta
sociedad.
Frutos. ¡Virgen del Carmen!
Remigio. Aquí se pasa la vida
en vestirse y desnudarse.
Frutos. ¡Muy bien! ¿Y qué viene a ser
eso de ... ópera?
Remigio. (¡Ignorante!)
Drama lírico;- una fiesta
de teatro.
Frutos. ¡Ah! Que me place.
¿Y qué comedia echan hoy?
Remigio. No es comedia. *I Puritani*
de *Bellini*.
Frutos. ¡Que no echaran
El Mágico de Bayalarde...!
Es la única que yo he visto,
pero ¡ca! ¡cosa más grande...!
Remigio. Todo es música esta noche.
Frutos. ¿Música? Bien, como canten
la jota...
Remigio. (¡La jota!) Yo
sería de ese dictamen,
pero...

[*Asoma la Marquesa por el foro.*]

Frutos. Aquí está la Marquesa.

[*A media voz.*]

Le voy a decir verdades
como puños.

Remigio. ¿Sí? Me alegro.

Frutos. Yo no sufro ancas²⁵ de nadie.

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. D. REMIGIO.

Frutos. Escúcheme usted con calma,
mi amada suegra y señora,
que voy a decirle ahora
cuatro cositas...¡al alma!

Marquesa. Diga usted, querido yerno.

Frutos. A mí nadie me manda,
nadie me moja la oreja:
sírvale a usted de gobierno.

Marquesa. Pero...

Frutos. Dicen en mi tierra...

Marquesa. ¿Qué?

Frutos. Lo que no has de comer...

Marquesa. Ya, sí.

Frutos. Déjalo cocer.

Marquesa. (Los síntomas son de guerra.)
Pero ¿a qué viene...?

Frutos. Muy justo
sería, si algún alcalde
me vistiera a mí de balde,
que me vistiera a su gusto;

25. No sufrir ancas. 'Ser uno poco tolerante; no aguantar injurias ni chanzas'. (DRAE, 2, fig. y fam.). Vid. *Una de tantas*.

pero, pagando mi ropa,
y en cantidad tan enorme,
no me pongan uniforme
como si fuera de tropa.

Marquesa. Porque usted se presentase
a la boda con más brillo...

Frutos. Nadie manda en mi bolsillo,
cáseme yo o no me case.

Marquesa. Nunca han sido mis intentos...

Frutos. Basta. Agradezco el abrigo;
no piense usted que lo digo
por los cuatro mil doscientos.
Vista como quiera Elisa,
vista usted como le cuadre,
mas ni Elisa ni su madre
se metan en mi camisa.
Triunfen, gasten; no me espanto;
cuanto tengo es de las dos;
mas no se empeñen, por Dios,
en civilizarme tanto.
Dejen a un hombre sencillo,
que, al cabo, no es una fiera,
manejar a su manera
el tenedor y el cuchillo.
No me mire usted al soslayo.
Quiero que el amor me mande...
y no una suegra. Soy grande
y ya he despedido al ayo.

Marquesa. ¿Qué escucho! ¡Uste me anticipa
el despotismo de yerno!
No lo es aún, Dios eterno,
¡y gallea, y se emancipa!

Frutos. Sepa usted...

Remigio. [*Aparte a la Marquesa.*]
¡Firmeza! ¡Así!

- Frutos.* Y ha de saber mi consorte
que aunque yo he entrado en la corte,
la corte no ha entrado en mí.
- Remigio.* [*Aparte a D. Frutos.*]
¡Bien dicho! ¡No hay que ceder!
[*Aparte a la Marquesa.*]
No quiere soltar, Marquesa,
el pelo de la dehesa.
- Marquesa.* [*A D. Frutos.*]
Pues, amigo, es menester...
- Frutos.* Sí, es menester que se tome
un partido. El más seguro
será...
- Remigio.* [*Aparte a D. Frutos.*]
¡Firme en ella!
[*Aparte a la Marquesa.*]
¡Duro!
Si cede usted, se la come.
- Marquesa.* [*Alzando la voz.*]
¿Qué partido? ¿A ver?
- Frutos.* No grite,
señora.
- Remigio.* [*Aparte a la Marquesa.*]
Sí tal.
- Frutos.* Casarme...
- Remigio.* [*Aparte a D. Frutos.*]
Hace usted mal.
- Frutos.* Y largarme
con mi mujer a Belchite.
- Marquesa.* ¿Cómo...?
- Remigio.* [*Aparte a D. Frutos.*]
¡Bien! ¡bien!
- Frutos.* No hay remedio.
- Marquesa.* ¿Es posible...?
- Remigio.* [*Aparte a la Marquesa.*]

¡Infame acción!

[*Aparte a D. Frutos.*]

¡Discreta resolución!

Frutos. [*A D. Remigio.*]

Hombre, quite usted de en medio.

Remigio. [*Aparte a la Marquesa.*]

¡No me escucha! Es montaraz.

Marquesa. Quítese usted de delante.

Remigio. ¿Guerra ha de ser? Adelante.

[*Haciendo señas a derecha e izquierda.*]

Yo quería poner paz...

[*Se retira a un lado.*]

Marquesa. ¿Conque a Belchite? ¡Ah! los yernos...

¿Nos quiere usted confinar
en un mísero lugar?

¡Usted tira a embrutecernos!

Frutos. ¡Otra! ¿Quién les manda a ustedes
que se embrutezcan?

Marquesa. ¡Qué horror!

¡Me moriré de dolor...

allá entre cuatro paredes!

¡Solitaria como un hongo...!

Frutos. Todo se remediará.

Quédese usted por acá.

Maldito si yo me opongo.

Remigio. (Esto marcha.)

Marquesa. Entiendo. ¡Sola
quiere llevársela!

Frutos. Pues.

Marquesa. ¡Para tratarla después
como a una negra de Angola!
Mas sin hacerme pedazos...

Frutos. ¡Señora...!

Remigio. (Orejas, ¡bien va!)

Marquesa. Usted no conseguirá
arrancarla de mis brazos.

Frutos. Si mi mujer ha de ser,
irá adonde fuere yo,
porque...

Marquesa. No; ¡a Belchite, no!

Frutos. Pues no será mi mujer.

Remigio. (¡Albricias!)

Marquesa. ¡Oh! ¡Ya lo veo!
¡Se desdice usted!

Frutos. ¡Marquesa!

Marquesa. Usted falta a su promesa.

Frutos. ¡Por vida del Zebedeo...!
¿Quién ha pensado...?

Marquesa. ¡Intentar
antes del dulce consorcio
esa especie de divorcio...
¡La horca antes que el lugar!

Frutos. No, señora, eso no es cierto;
pero ¿hay ley que me prohíba,
¡suegra o diablo!, que yo viva
donde mis padres han muerto?

Marquesa. ¡Cielos! ¿Qué dirá el notario?
¿y qué dirán los testigos?
¿y qué dirán mis amigos?

Frutos. ¡Dale!

Marquesa. ¿Y qué dirá el vicario?

Frutos. ¡Eh! ya basta de litigio.

[*Alzando la voz.*]

¡Belchite, Belchite quiero,
Belchite!

Marquesa. ¡Jesús...! Yo muero...
Téngame usted, don Remigio.

[*Se desmaya en brazos de D. Remigio.*]

Remigio. Acuda usted, no peligre
su vida, que el parasismo...

Frutos. [*Yéndose.*]
¡Eh! ¿Qué sé yo...? ¡Un sinapismo!
Yo no soy médico.

[*Entra en su cuarto.*]

Marquesa. [*Oyendo el ruido de la puerta y volviendo
rápidamente la cabeza.*]

¡Tigre!

ESCENA VII.

LA MARQUESA D. REMIGIO.

Remigio. ¿Qué tal? ¿Siente usted alivio?
(No ha dado lumbre el soponcio.)

Marquesa. ¡Ay qué hombre! Me ve morir...,
y me abandona!

Remigio. Es un monstruo.

Marquesa. Bien dicen; siempre la cabra
tira al monte.

Remigio. Yo supongo
que no volverá a tratarse
de ese infausto matrimonio.

Marquesa. Pues supone usted muy mal.

Remigio. Será así. No es un asombro
el equivocarme yo.

Marquesa. ¿Tan de sobra están los novios?
¿Así se dan calabazas
a un hombre que nada en oro?

Remigio. Es decir que nos iremos
a Belchite. Yo...

Marquesa. Tampoco.

- Remigio.* Pues digo a usted, Marquesita,
que no comprendo...
- Marquesa.* ¡Qué tonto
es usted!
- Remigio.* Convengo...
- Marquesa.* ¡Y qué
mentecato!
- Remigio.* No me opongo...
(¡Vuelvo a temblar por mis pobres
orejas!)
- Marquesa.* Yo hallaré modo
de evitar...
- Remigio.* Elisa viene.
(Y viene muy a propósito.)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. D. REMIGIO. ELISA.

- Remigio.* ¡Elisa! ¡Usted tan tranquila
por allá dentro, y nosotros...!
- Elisa.* ¿Qué ha habido?
- Marquesa.* (¿Qué irá a decir?)
- Remigio.* ¡Friolera! Que por poco
se nos muere mamá.
- Marquesa.* [*Hace señas a D. Remigio para que calle, y él se
desentiende.*]
¡Hum...!
- Elisa.* ¡Dios mío! Pues ¿qué...? ¿Cómo...?
- Remigio.* Se ha sincopado.- Es decir;
un accidente espasmódico...
- Elisa.* ¡Jesús!
- Marquesa.* ¡Eh! no ha sido nada.
No hagas caso.
- Remigio.* Ello sí, pronto
se recobró...

- Marquesa.* ¡Si te digo...!
- Remigio.* Yo la apreté el dedo gordo...
- Elisa.* Mas ¿qué causa...?
- Remigio.* Una alcaldada
horrible de ese hipopótamo
aragonés.
- Marquesa.* ¡Don Remigio!
- Remigio.* [*Con mucha viveza.*]
¿Pues no se empeña el bolonio²⁶,
quiera usted, o no, en llevársela
a aquel maldito villorrio?
- Elisa.* ¡Virgen santa! ¿Yo en Belchite?
- Remigio.* Como cinco y tres son ocho.
Este ha sido su *ultimatum*.
A Belchite, o no hay consorcio.
- Marquesa.* ¿Está usted ya satisfecho?,
¡seor necio, hablador de a folio!
- Remigio.* ¡Ah! Yo creí... ¿Conque usted...?
¡Voto a san...! (Ya tiene el tósigo
en el cuerpo.)
- Elisa.* ¡Ay, madre mía!
Ese hombre no tiene prójimo.
¡Llevarme a un lugar...! ¡Y yo
que le iba queriendo un poco...!
Ya le aborrezco de muerte.
- Marquesa.* No irás a Belchite.
- Elisa.* ¡Oh gozo!
¿Tú le habrás dicho que ya
no hay hada de desposorios?
Por una parte lo siento,
porque es honrado, y buen mozo,
y rico; pero sacarme
de Madrid... ¡Vaya al demonio!

26. **Bolonio.** Fig. y fam. 'Necio, ignorante' (*DRAE* 2)

Marquesa. ¡Calla! Tan simple eres tú
como el señor.

Remigio. Me conformo.

Elisa. Pero...

Marquesa. Corre de mi cuenta
arreglar este negocio.
Por ahora es necesario...

Elisa. ¿Qué?

Marquesa. Decirle amén a todo.

Elisa. ¿Incluso el viaje a Belchite?

Marquesa. ¡Boba! Por supuesto.

Elisa. ¿Qué oigo!

Marquesa. Es preciso no escamarle.

[A D. Remigio.]

Apóyeme usted.

Remigio. Apoyo.

Marquesa. Si ahora le dices que no,
¡adiós, boda! ¡Y qué bochorno,
qué afrenta para nosotras!
¡Desairadas por un tosco
provincial...!

Elisa. Pero ¿qué haremos
si cuando sea mi esposo
se empeña en que he de seguirle?

Marquesa. ¿Han de faltar por de pronto
pretextos para alejar
la partida? ¿No habrá algún cólico
que nos saque del conflicto?
¿No sabrán después tus ojos
cautivar su voluntad?
Hoy con mimos y piropos
y dengues, al otro día
con lágrimas y sollozos...
Harás de él cuanto quisieres.-

- Y si viene en tu socorro
la santa naturaleza;
si hay inapetencia y vómitos...
- Elisa.* [Bajando los ojos.]
¡Eh, mamá!
- Marquesa.* [A D. Remigio.]
Apóyeme usted.
- Remigio.* Sí, yo apruebo y corroboro...
- Marquesa.* Otros novios más bravíos
se vuelven mansos palomos
sabiéndolos manejar.
Si no te bastan tus propios
recursos, yo estoy aquí...
- Remigio.* [Entre dientes.]
¡Jesucristo!
- Marquesa.* ¿Eh?
- Remigio.* Nada... Apoyo.
- Marquesa.* No hay cuidado. Entre las dos
hemos de volverle loco.
- Elisa.* No, yo no espero...
- Marquesa.* Ahora mismo
voy a decirle que otorgo...
- Elisa.* ¡Por Dios, mamá! Yo no puedo...
- Marquesa.* ¿No has de poder? Yo respondo.
Verás: entro yo en su cuarto
primero; le desenojo;
al oír la campanilla
entras tú...
- [A D. Remigio.]
¡Usted no!
- Remigio.* Si estorbo...
- Marquesa.* Sí, señor.
- Remigio.* Bien; no riñamos.
Opino del mismo modo.

Elisa. Pero, mamá, reflexiona...

Marquesa. ¡Eh, basta, que me sofoco!
Harás lo que yo te digo,
o nos oirán los sordos.

[*Entra en el cuarto de D. Frutos.*]

ESCENA IX.

ELISA. D. REMIGIO.

Elisa. ¡Ay, Dios mío!

Remigio. ¡Es fuerte apuro!

Elisa. Si me caso...

Remigio. No hay envite:
ciudadana de Belchite;
cuéntelo usted por seguro.

Elisa. ¿Qué haré?

Remigio. Calabazas.

Elisa. ¡Oh!

Seré a mi palabra fiel...
¡aunque muera!

Remigio. Hagamos que él
sea quien diga que no.

Elisa. ¿De qué modo?

Remigio. Una esperanza
a ese pobre capitán.
¡La ama a usted con tanto afán...!

Elisa. Pero...

Remigio. Aunque sea de chanza.

Elisa. Poco ha me han dado un billete
que su pesar atestigua...

Remigio. Bien. Una respuesta ambigua...
Eso a nadie compromete.
Dígale usted, por ejemplo:
“He dado ya mi palabra,

- y aunque mi desdicha labra
la repetiré en el templo;
mas si por otro o por él
se descompone la boda,
usted sólo me acomoda
para esposo, don Miguel.”
- Elisa.* No, que eso es decirle mucho.
- Remigio.* Pues un poco menos. ¡Ea!
Aquí hay papel, tinta, oblea...
- Elisa.* [*Caminando hacia la mesa como maquinalmente.*]
Entre mil ideas lucho.
- Remigio.* ¡Vaya!
- Elisa.* [*Sentándose.*]
¿Y si luego amenaza
a don Frutos?
- Remigio.* No hará tal;
mas bueno es que haya un rival
para que espante la caza.
- Elisa.* [*Escribiendo.*]
Mi mamá...
- Remigio.* Ya estoy alerta...
(por la cuenta que me tiene.)
Avisaré si alguien viene.
No quito ojo de la puerta.
¡Y qué orejas! La pared
taladran y adentro asoman.
¡Oh! mis orejas se toman
mucho interés por usted.-
¿Está? ¡Al sobre! Demos fin...
- Elisa.* [*Cerrando el billete.*]
Es que no sé, a fe de Elisa,
a cuál de los dos...

[*Suena una campanilla.*]
- Remigio.* ¡Aprisa,
que suena el dilín, dilín!

Elisa. [Levantándose con precipitación y dándole el billete.]

Tome usted.- Sin sobre va.

Remigio. El sobre no importa un bledo.

Irá a sus manos... Yo quedo...

Marquesa. [Dentro.]

¡Elisa!

Elisa. Allá voy, mamá.

[Entra en el cuarto de D. Frutos]

ESCENA X.

D. REMIGIO.

¡Ah! ya salí de mi ahogo.

El cielo vuelve por mí.

¡Ya tengo orejas! Creí
convertirme en perro dogo.

[Vase corriendo por la derecha del foro.]

ACTO CUARTO

ESCENA I.

D. FRUTOS.

[Sale de su cuarto en chinelas, con pantalón holgado, sin corbatín, con zamarra de piel de oso y un pañuelo de seda atado a la cabeza a estilo de Aragón..]

Ahora sí que muevo a gusto
mis remos. Nada me aprieta.
¡Esto es estar en la gloria!-
Pero ¡qué silencio reina
en esta casa! Yo extraño...
Pues ya son las seis y media.-
Estarán por allá dentro
sin duda. ¿Y cómo no piensan
en que yo me desayune?
¡Oh! pues ya no tiene espera
mi estómago. Llamaré.-

[Hace sonar la campanilla.]

Apenas probé la cena,
porque se comió tan tarde
y tenía yo tal prisa
de acostarme... ¡No responden!
Pues la campanilla suena,
que bien la oigo.- Otra vez.-

[Vuelve a llamar.]

¿Sirven así a las marquesas
en Madrid?

[Tira sin cesar de la cinta de la campanilla hasta que acude Juana.]

¡Oh! mas que rompa
la cinta...¿Qué gente es esta,
santo Dios! ¿Si estarán todos
durmiendo? ¡Voto a mi abuela...!

ESCENA II.

D. FRUTOS. JUANA.

Juana. *[Entra con algún desaliño como quien acaba de levantarse de la cama.]*

¡Vaya un modo de llamar!
¡Y a estas horas!

Frutos. ¡Linda flema!

Juana. ¡Ah! ¿Es usted...!

Frutos. Sí; abre los ojos
y sacude la pereza.

Juana. ¡Pereza! Pues ¿qué hora es?

Frutos. ¡Otra! Las seis y cuarenta.

Juana. ¡Toma, toma...! Yo pensaba
que era más tarde.

Frutos. ¡Esa es buena!
¿Cuándo es tarde para ti?

Juana. Pero, señor, ¿quién creyera
que usted madrugara tanto?
¿Le duele a usted la cabeza?
Mucho sentiría...

Frutos. Gracias.
Gozo de salud perfecta,
pero soy madrugador,
por costumbre y por sistema.
Y antes hubiera saltado
de la cama, que en mi tierra

- me levanto con el alba;
pero el viaje en diligencia,
y aquellas malditas botas
que me tuvieron en prensa...
Eso a cualquiera cristiano
le hace salir de la regla.
- Juana.* [Mirándole y sonriéndose.]
(¡Qué pañuelo y qué zamarra...!
Cuando la novia le vea...)
Querido señor don Frutos,
a la hora que usted despierta
sólo dejan de dormir
en Madrid a pierna suelta
horchateros en verano
y en invierno buñoleras.
- Frutos.* ¡Así hay aquí tanta gente
encanijada y enteca!
Mas ¿dónde están las señoras?
Me tomaré la licencia
de darles los buenos días...
- Juana.* Es excusada molestia.
Todavía no han venido.
- Frutos.* Ya, sí... Estarán en la iglesia...
Bien; lo primero es la misa,
y aunque hoy no es día de fiesta...
- Juana.* ¿Qué misa? ¡Si es que no han vuelto
del baile aún!
- Frutos.* ¿Qué me cuentas?
(Estas ya son otras misas.)
Bien sé que pensaban ellas
irse después del teatro
a una función de... etiqueta,
como aquí dicen; mas nunca
se me pasó por la tela
del juicio que el bailoteo
durase una noche entera.

- Juana.* Como usted se recogió
a la hora de retreta
y las dejó en el palco...
- Frutos.* Es que yo no entiendo esa jerga
italiana, y al arrullo
de las voces y la orquesta
me dormía... ¿Qué mortal
está libre de flaquezas?-
Pero, señor, ¡qué gobierno
de casa! Y ¿van con frecuencia
a esas danzas perdurables?
¿O sólo de uvas a brevas...?
- Juana.* ¡Qué! no, señor. ¡Si es el pan
de cada día!
- Frutos.* ¿De veras?
(¡Malo! ¡malo!)
- Juana.* Pocas noches
se retiran con estrellas.
- Frutos.* ¿Conque aquí la noche es día
y el día...?
- Juana.* Pues, *vice versa*.
- Frutos.* ¡Virgen santa del Pilar,
qué desorden, qué vergüenza!
- Juana.* (Mejor le sienta ese traje
que el otro.)
- Frutos.* Ahora bien, morena,
yo, que no enmiendo la plana
al que los astros gobierna,
tengo ganas de almorzar.
Di, pues, a la cocinera,
si no está también de baile...
- Juana.* No, señor. Ella se acuesta
más temprano, y ya andará
por el fogón...

Frutos. Norabuena.
Pues que disponga mi almuerzo.
Despacha.

Juana. ¿Café y manteca?
Frutos. ¡Valiente cosa!- Jamón
con huevos.

Juana. Lo que usted quiera.
Frutos. Y no más vino de extranjis.
Juana. Lo traeré de Valdepeñas.
Frutos. Venga. Al fin es español...
aunque no es de Cariñena.

ESCENA III.

D. FRUTOS.

¿Dónde me he metido, cielos!
¡Qué costumbres tan diversas
de las mías! ¡Ah! yo voy
a pasar la pena negra...
¿Quién sabe...? Allá en mi lugar,
ya que Elisa está dispuesta
a seguirme... ¿Y si me engaña?
¡No hay que fiar en promesas
de mujeres! Y aunque en eso
a mi gusto condescienda,
irán con ella a Belchite
sus caprichos... ¡y mi suegra!
¡Gallarda es la moza, sí,
y a poquito que pusiera
de su parte, lograría
barajarme la chaveta:
mas, según lo que voy viendo,
ni me quiere ni lo sueña;
¡y eso es gaita!- ¡Ah padre mío...!
Dios te de la gloria eterna,

mas no tuviste chirumen²⁷
para escoger una nuera.
A no ser por mi respeto
a su voluntad expresa,
y a no haber soltado yo
la palabra que me empeña,
¡bravo chasco llevaría
mi señora la marquesa!

[*Un criado atraviesa el foro de izquierda a derecha.*]

¡Ojalá...! Pero oigo abrir
la puerta de la escalera.
Ellas serán... Ellas son.

[*Mirando adentro.*]

Oigo la voz de la vieja.

ESCENA IV.

D. FRUTOS. LA MARQUESA. ELISA.

Marquesa. [*Al criado en la puerta.*]

Que venga esa muchacha
a desnudarnos pronto.

[*Vase el criado por donde vino, y entran en la sala la Marquesa y Elisa.*]

¿Qué hace ese hombre
aquí...? ¡Calle...! ¡Es don Frutos!

Elisa.

(¡Ay qué facha!)

27. **Chirumen.** 'Caletre', 'tino', 'inteligencia', 'discernimiento'. Esta voz es una alteración de *churumen* (del portugués *chorume* 'grasa', 'enjundia'), anteriormente *churumo* 'sustancia', 'jugo de una cosa'. Bretón la utiliza con frecuencia: en *Me voy de Madrid*, *Un día de campo*, *El editor responsable*, *Los solitarios*, *Una noche en Burgos* y *Un enemigo oculto*.

Frutos. Yo soy, señora mía; no se asombre.
Marquesa. La mudanza de traje... Buenos días.
Frutos. Buenas noches.
Elisa. [Aparte con su madre.]
¡Qué diantre de zamarra!
Marquesa. ¡Por los clavos de Cristo, no te rías!

ESCENA V.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. ELISA. JUANA.

Juana. Aquí estoy.
Frutos. [A Elisa.] ¿Te parece un poco charra mi pellica, verdad? Lo siento mucho, pero...
Elisa. No; yo no digo...
Frutos. Chica, ande yo caliente, y ríase la gente.
Marquesa. Dice bien. Lo primero es el abrigo, y mientras le compramos en la tienda una bata elegante con cordones...
Frutos. No hay para qué. Estoy bien con esta prenda.
Elisa. (Parece que al mesón de la Encomienda ha venido a vender melocotones.)
Marquesa. ¿Y qué tal se ha dormido?
Frutos. Grandemente. ¿Y qué tal hemos bailado?
Marquesa. La niña. Yo me he estado jugando al *ecarté*²⁸.

28. Ecarté. 'Juego de cartas entre dos jugadores, en el que cada uno de ellos puede descartarse de aquellas de las cinco recibidas que no le convienen y tomar otras si el contrario está de acuerdo. El jugador que en cada mano hace más bazas se apunta un tanto, otro el que saca el rey de muestra y gana el que primero tiene cinco tantos' (coincide con *DRAE*). Es voz que deriva del francés *écarté*, del verbo *écarter* 'descartar', y que aparece en varias comedias bretonianas (*Un novio para la niña*, *Muérete ¡y verás!* y *A lo hecho, pecho*) y en la obra de Mesonero, Larra o Flores.

- Frutos.* (¿También la suegra
tira la oreja a Jorge²⁹? Esa es más negra.)
- Marquesa.* Es lástima que el sueño y el cansancio
le hayan privado a usted, señor don Frutos,
de una *soirée*³⁰ tan buena.
- Frutos.* Yo, a lo rancio...
Nadie me saca a mí de mis casillas.
Es lindo mientras lucen las Cabrillas
bailar con una dama,
pero es mejor, a mi entender, la cama.
- Marquesa.* ¡Eh...! Se duerme de día...
- Frutos.* Hágallo el madrileño.
Yo, como soy así..., tan lugareño...
¡qué quiere usted...! madrugo,
y a las diez de la noche ¡me entra un sueño...!
- Elisa* (¡Santo Dios!)
- Marquesa.* ¡Eh! todo es la primer noche.
Luego...
- Elisa.* ¡A las diez!
- Marquesa.* Cualquiera se acostumbra...
- Frutos.* ¡Oh! yo no soy cualquiera.
- Elisa.* (¡Qué verdugo!)
- Frutos.* Y juro por el sol que nos alumbra...
- Elisa.* (¡Ay, Dios me libre de su horrible yugo!)
- Frutos.* Así tengo de hacerlo hasta que muera,
y espero que mi dulce compañera
imitará mi ejemplo...
- Marquesa.* [Interrumpiéndole.] Se supone...

29. **Tira la oreja a Jorge.** 'Juega a las cartas' (J. M^a Iribarren, *El porqué de los dichos*. Pamplona, 1993.) Iribarren remite a la décimocuarta edición del *DRAE*, en la que, como frase fig. y fam. se dice que "cuando se brujulea, parece que se tira de las *orejas* (esto es, de las puntas, extremos o ángulos) a las cartas."

30. **Soirée.** 'Tertulia', 'sarao'. Del francés *soirée*; voz frecuente en los escritos de la época: Larra, Galdós, Ochoa. Bretón la empleó también en *Un novio a pedir de boca*.

Elisa. [En voz baja.]

¡Ay, mamá...!

Marquesa. [Lo mismo.] Transijamos por ahora,
no sea que otra vez se desazone.

Frutos. ¡Qué mala cara ha puesto mi señora!

[Vuelve el criado con el almuerzo para D. Frutos, lo
pone en una mesa y se retira.]

¡Hola! ¿Viene el almuerzo?

Me alegro. Con permiso...

Daremos al estómago un refuerzo.

Si ustedes gustan...

Elisa. Gracias. Tan temprano...

Marquesa. Nosotras, a dormir.

Frutos. [Sentándose a la mesa.]

¡Pues ya! ¡Preciso!

Elisa. ¡Y he de darle mi mano!

Marquesa. Dormiremos un rato. Hasta la una...

Elisa. ¡Mal haya mi fortuna!

Marquesa. [A Juana.]

Ven tú; me quitarás cintas y broches.

[A D. Frutos.]

Conque, abur.

Elisa. Buenos días.

[Vanse por la puerta de la izquierda.]

Frutos. Buenas noches.

ESCENA VI.

D. FRUTOS.

[Partiendo el jamón.]

Santo Cristo de la Seo
que me estáis probando así,
decid, ¿qué pecado gordo
vengo a purgar en Madrid?

Novia que quiere bailar
cuando yo quiero dormir,
¿de quién está enamorada?
¿De mis rentas, o de mí?
Suegra que en todo se mete,
hasta en lo que he de vestir,
y me trata cual si yo
fuera algún chisgarabís,
y se desmaya, y trasnocha,
¡y juega! ¿no dará fin
de mi bolsa y mi paciencia
antes que amanezca Abril?
¿Y me he de casar!...Si hallara
algún medio, algún ardid...
Para aguzar el ingenio
probemos de este pernil.

[*Come.*]

¡Hola! pues está sabroso.
No me engañó la nariz.

[*Echándose vino.*]

Ahora un trago del manchego...

[*Bebe.*]

¡Bravo! Bien haya la vid
que te crió. No se bebe
mejor vino en Alcañiz.

[*Tomando otro bocado.*]

Si fueran iguales todos
los tragos que espero aquí,
ningún cristiano me oyera
quejarme de este país.

ESCENA VII.

D. FRUTOS. JUANA.

Juana. (Ya a la vieja he despachado,
y pues la novia gentil
entró en su cuarto diciendo:
no necesito de ti,
voy yo a aviarme...

[*A D. Frutos al pasar.*]

¿Qué tal
el jamón?

Frutos. Sabe a las mil
maravillas.

Juana. Lo celebro.
¿Hay buen apetito?

Frutos. Sí.

¿Quieres probarlo?

Juana. Mil gracias.
(Ni es vanidoso ni ruin.)
Hágale a usted buen provecho
y me tendré por feliz.

Frutos. Dios te lo page, morena.

[*Vase Juana.*]

Confieso que son aquí
menos zaínas que en Belchite
las doncellas de servir.

ESCENA VIII.

D. FRUTOS. ELISA.

Elisa. [*Desde la puerta.*]
Señor don Frutos...

- Frutos.* [Levantándose.] ¿Qué veo!
(Yo la hacía ya en camisa.)
¡No te has acostado, Elisa!
- Elisa.* [Acercándose.]
Hablar con usted deseo.
- Frutos.* Pues me place, como hay Dios.
Ya es justo que sin empacho
tengamos, Elisa, un cacho
de parlamento entre los dos.
- Elisa.* ¿Promete usted el secreto
sobre el paso que ahora doy
y no enfadarse, aunque voy
a hablar muy claro?
- Frutos.* Prometo.-
Mas también va a ser muy clara
mi lengua; y es menester
que me oigas en paz, mujer,
y no me arañes la cara.
[Se sientan.]
- Elisa.* Es usted muy buen sujeto...
- Frutos.* Y tú buena vasalla.
- Elisa.* Otro mejor no se halla.
- Frutos.* No hay dibujo más completo.
Eres la gala de Madrid.
- Elisa.* Y usted honra de Belchite;-
pero... si usted me permite...
- Frutos.* En los peros está el *quid*.
- Elisa.* Bueno es, antes que nos den
la bendición conyugal,
que temiendo hacerlo mal
lo reflexionemos bien.
- Frutos.* Sí, ya lo dice el proverbio.
Vamos a reflexionar...
(Calabazas me va a dar

- ella misma. ¡Esto es soberbio!)
Habla, no temas al bu³¹.
- Elisa.* Sería muy venturosa
con usted cualquier esposa...
menos...
- Frutos.* ¡Vaya! Menos tú.
- Elisa.* Mal he dicho. Es un desliz...
Quiero decir, caro amigo,
que casado usted conmigo
no podría ser feliz.
- Frutos.* Ni yo soy, cual tú lo ves,
y eso lo conoce un nene,
el marido que conviene
a la hija de un marqués.
- Elisa.* ¿Qué entiendo yo de bodegas,
y de abonar el terreno,
y si se mide el centeno
por varas o por fanegas?
- Frutos.* ¿Qué entiendo yo de elegancia,
y de ese tono de aquí,
ni qué me importan a mí
los figurines de Francia?
- Elisa.* De la barra y la pelota
yo el mérito no distingo.
- Frutos.* Ni yo de óperas en gringo
donde no cantan la jota.
- Elisa.* No se suba usted a la parra
si le digo, aunque con miedo,
que acostumbrarme no puedo
a un marido... con zamarra.
- Frutos.* Ni yo me acomodaría
a una linda caprichuda

31. **Bu.** En uso familiar, 'fantasma imaginario con que se asusta a los niños'. Se registra esta voz con alguna frecuencia en las obras de Bretón, como *Lances de carnaval* o *Marcela*.

- que se viste y se desnuda
ocho o diez veces al día.
- Elisa.* Poco me inclina mi estrella
al que en su primer visita
no hace distinción maldita
entre el ama y la doncella.
- Frutos.* Y yo doy a Belcebú
dama que habla a su marido
muy seria, muy de cumplido...,
y a su madre tú por tú.
- Elisa.* Un marido... Calamocha,
¡que madruga...! ¡Virgen Santa!
- Frutos.* Vea usted, y a mí me espanta
una mujer que trasnocha.
- Elisa.* ¡Yo por valles y por cerros!
¡Yo marido cazador
que repartirá su amor
entre la esposa y los perros!
- Frutos.* ¡Yo mujer con tantos dengues
que, faltando a la justicia,
me negará una caricia
por no ajar sus perendengues!
- Elisa.* Y aun viviendo aquí los dos
cediera al fin mi desvío,
pero ¿y Belchite? ¡Dios mío!
- Frutos.* Pero ¿y la suegra? ¡Buen Dios!
- Elisa.* Y será bueno Belchite,
guapo lugar: lo concedo.
- Frutos.* Pues ¿y Madrid? No haya miedo
que yo lo desacredite.
- Elisa.* Y aquella vida campestre
será muy dulce, muy sana.
¿Quién sabe...? De buena gana
pasaría allí un trimestre.
- Frutos.* Desear yo un pasaporte
que me vuelva a mi lugar

- cuanto antes, no es condenar
las costumbres de la corte.
Son muy cucas, no hay falencia;
pero, al fin, no son las mías.
- Elisa.* Hay ciertas antipatías...
- Frutos.* Sí, cada uno a su querencia.
- Elisa.* Y pues no hay conformidad...
- Frutos.* ¡Pues! ¿A qué ofender a Dios?
¿A qué...?
- Elisa.* Casarnos los dos...
- Frutos.* Es una barbaridad.
- Elisa.* Pues... ahora bien...
- Frutos.* Ahora bien...
- Elisa.* Salgamos de este pantano.
- Frutos.* Pues niégume usted su mano,
y buenas noches, y amén.
- Elisa.* Yo no he de volverme atrás,
que en mi palabra confía
mamá y ¡Jesús!... no podría
perdonármelo jamás.
- Frutos.* Yo también lo prometí,
y en mi probidad no cabe...
- Elisa.* Toda la corte lo sabe.
¿Qué se diría de mí?
- Frutos.* ¡Otra!
- Elisa.* A usted que es forastero,
y hombre, y tendrá más valor
que yo, le estará mejor...
- Frutos.* No, que yo soy caballero.
- Elisa.* Con todo...
- Frutos.* No haría bien
en quitar a usted la fama;
pero en boca de una dama
a nadie ultraja un desdén.
- Elisa.* ¿Cómo ahora tan discreto?

- Frutos.* Es que yo mismo me azuzo
y el entendimiento aguzo
para salir del aprieto
- Elisa.* ¿No hay muchos hombres infieles?
- Frutos.* Mujeres más.
- Elisa.* Porque ahora
diga usted...
- Frutos.* No, no señora:
no troquemos los papeles.
- Elisa.* ¿Conque ni el propio interés
mueve a usted...?
- Frutos.* Ni un terremoto.
Nunca mi palabra he roto.
¡nunca! Soy aragonés.
- Elisa.* ¡Medrados estamos!
- Frutos.* Sí,
como tres en un zapato.
- Elisa.* ¿Será usted tan insensato...
- Frutos.* Seré lo que siempre fui.
- Elisa.* Pues yo no he de ser veleta.
El *no*...no saldrá de mí.
- Frutos.* Pues yo he de decir que sí
aunque me lleve Pateta³².
- Elisa.* Bien está: ¡nos casaremos!
- Frutos.* Bien: ¡será usted mi mujer!
- Elisa.* Bien: usted tendrá el placer
de que los dos nos ahorquemos.
- Frutos.* ¡Yo no!
- Elisa.* (Es como esa pared.)
¡No tiente usted al demonio!
Si es funesto el matrimonio
la culpa será de usted.

32. **Pateta.** El diablo. Voz formada sobre *pata* y atribuida al Diablo, motejado de *Patillas*.

- Frutos.* Tanto a una mujer se apura...
De bien a bien soy muy manso,
pero... Es que no soy tan ganso
como usted se lo figura.
- Elisa.* ¡Oh! ya veremos después
quién sufre más de los dos
y quién... ¡Soy mujer!... Adiós.
- [*Vase por la puerta de la izquierda.*]
- Frutos.* ¡Adiós!- soy aragonés.

ESCENA IX.

D. FRUTOS.

Con la futura una lid,
otra con la suegra chocha...
¡ay Frutos! ¡ay Calamocho!...
¿Quién te ha traído a Madrid!

ESCENA X.

D. FRUTOS. D. MIGUEL.

- Miguel.* Estoy resuelto.
- [*A D. Frutos que está de costado y en actitud de cavilar.*]
- Buen hombre,
pase usted recado a don...
¡Es un nombre tan ramplón!...
Don Frutos.
- Frutos.* [*Volviendo la cara.*]
- Ese es mi nombre.
- Miguel.* ¡Ah, que es usted..., caballero!
Me ha sorprendido el hallazgo.
¿Quién conoce a un mayorazgo
en traje tan charanguero?

- Frutos.* Este traje es de mi agrado.
Miguel. Eso lo conoce un topo.
Frutos. Y a ningún alma de chopo
se lo he pedido prestado.
Miguel. ¿Es ese el traje de la boda?
Frutos. ¿Le importa a usted? ¡Voto a quien...!
¿Se ha encargado usted también
de sastrear a la moda?
Miguel. No me tomo yo ese cargo
que excede al talento mío.
Traigo otro...
Frutos. Pues ¡al avío!
Diga usted.
Miguel. No seré largo.
Ya que nos vemos las caras,
cosa que yo no quisiera...
Frutos. Menos prosa. La madera
no está para hacer cucharas.
Miguel. ¡Hola! ¡Me alza usted el gallo!
Me alegro, señor galán.
Frutos. Se lo alzaré al Preste Juan,
que ya de cólera estallo.
Miguel. Pues, señor, al grano.
Frutos. ¡Oh!...
Miguel. Usted quiere que le den
a Elisa, pero también
aspiro a su mano yo.
Frutos. Bien, y a mí ¿qué se me da...?
Miguel. Somos dos; una es la bella;
casarnos los dos con ella...,
no puede ser.
Frutos. Ya.
Miguel. Pues ya.-
Mas la salida es muy obvia.
Si uno al otro es importuno...

- Frutos.* ¡Pues ya! De los dos el uno
se ha de quedar sin la novia.
- Miguel.* Si ella fuese de Cutanda
mereciera usted su afecto,
pero esa boda en proyecto
es una fusión nefanda;
y así, pues el buen sentido
en tales casos pronuncia,
haga usted formal renuncia,
y quedará agradecido.
- Frutos.* Oiga usted y no haya riña.
No me importa un ardite
volver soltero a Belchite,
porque ¡es alhaja la niña!
Pero eso de que un compadre
con tal fuero me lo exija...
Primero... -poco es la hija-
me casara con la madre.
- Miguel.* Pues entonces, señor mío,
no queda otro recurso
que matarnos.
- Frutos.* ¡Buen discurso,
como hay Dios! ¡Un desafío!
- Miguel.* ¡Sí, señor, y pronto, al trote!
- Frutos.* Al galope, si usted quiere.
- Miguel.* Diga usted qué arma prefiere...
Elija usted...
- Frutos.* Un garrote.
- Miguel.* Esa es arma de mal tono.
- Frutos.* Esa es la que yo manejo.
- Miguel.* Y es digna de este aparejo,
mas no la adopta mi encono.
Sentencie nuestro proceso
o la pistola, o la espada...
- Frutos.* No, señor.

Miguel. O el sable...
Frutos. ¡Nada!
Garrotazo y tente tieso.
Miguel. Pero ¿hemos de ser tan brutos...?
Frutos. ¡Leña! Ya que usted se empeña
en que haya camorra, ¡leña!
No hay más tu tía.
Miguel. ¡Don Frutos!
Frutos. Don...¡usted!
Miguel. Con ese alarde
de atroz salvajismo inculto
quiere usted huir el bulto
a mi venganza, ¡cobarde!
Frutos. [*Furioso y amenazándole con el puño.*]
¡Yo cobarde! ¡Voto a briós..!
Miguel. [*Poniendo mano a la espada y retirándola
inmediatamente.*]
No demos aquí un escándalo.
Frutos. ¡Yo cobarde! ¡Yo...!
Miguel. ¡Seor...vándalo!,
ya nos veremos los dos.
Yo sabré...
Frutos. Si no mirara...
Miguel. Lo que he de hacer con un ente
como usted. Todo viviente
le ha de escupir en la cara.

ESCENA XI.

D. FRUTOS.

[*A la puerta.*]

Tengo un puño en cada brazo,
y si alguno me provoca,
antes que escupa su boca

la hundiré de un puñetazo.-
¡Se fue!- Señor, ¿hay conciencia
para hostigar tanto y tanto
a un hombre de bien? Un santo
perdería la paciencia.
¡Oh! ya no reparo en nada.
¿Quieren que mi saña aborte?
Bien está. Yo haré en la corte
una que sea sonada.

[Entra en su cuarto.]

ACTO QUINTO

ESCENA I.

D. REMIGIO. D. MIGUEL.

- Miguel.* ¿Conque es verdad?
Remigio. Sí, a las dos
se firma el contrato.
- Miguel.* ¡Lindo!
Remigio. Para esa hora están citados
el notario y los testigos.
- Miguel.* ¡Y es la una y media! ¿Qué haremos?
Discurra usted un arbitrio.
- Remigio.* ¿Qué sé yo...? Mal pleito es este.
No dio lumbre el desafío;
Elisa está resignada
al funesto sacrificio;
la vieja es inexorable...
Sólo nos queda un camino.
- Miguel.* ¿Cuál?
Remigio. Que como otro Escipión
se venza usted a sí mismo
y abandone...
- Miguel.* ¿Qué se entiende
abandonar? ¡Por el siglo
de mi madre...!
- Remigio.* (Mis orejas
corren otra vez peligro.)
- Miguel.* ¡Ceder yo en el campo! Primero
habrá en esta casa tirios
y troyanos.
- Remigio.* Norabuena,
mas- ¡por los clavos de Cristo!-
¿qué consejo puede dar
en estos momentos críticos,
señor don Miguel, un hombre

tan amable y tan pacífico
como yo? Si se tratase
de un inocente artificio,
de una intriguilla venial,
¡vaya con Dios!; siempre he sido
complaciente, y manejable,
y amigo de mis amigos.
Pero cuando usted vacila
entre rapto y homicidio,
¿seré yo tan Barrabás
que le empuje al precipicio?
Mi consejo...

Miguel. Es de un menguado

Remigio. Sí será. Yo no me pico...

Miguel. ¡Bueno fuera, siendo yo
el amado, el preferido,
que se llevase la novia
un bárbaro campesino!

Remigio. ¡Es un horror!- Pero ¿no hay
en Madrid jefe político?
Demanda al canto, depósito,
y es asunto concluido.

Miguel. Ya se lo he propuesto a Elisa,
pero es tan pobre de espíritu...

Remigio. Por no chocar con su madre,
por no exponerse al ludibrio
de las gentes y al escándalo...

Miguel. ¿Qué escándalo ni qué niño
muerto? ¿Es escándalo usar
de su derecho legítimo?
¡Pero esas mujeres...! ¡Oh!
cuando dan en un capricho...
Y... ¿qué sé yo...? Juraría
que aún ha de estar indeciso
su corazón de coqueta
entre uno y otro individuo.

Remigio. (Tal creo.)
Miguel. Ya no hay que andarse
por las ramas. Es preciso,
forzoso, urgente, matar
al aragonés maldito.
Remigio. ¡Hombre, mire usted...!
Miguel. Él sale.
Me alegro mucho.
Remigio. (¡Dios mío!)

ESCENA II.

D. REMIGIO. D. MIGUEL. D. FRUTOS.

Frutos. ¡Hola, señor capitán!
Sea usted muy bien venido.
Miguel. ¡Eh! cumplimientos a un lado,
que estoy hecho un basilisco.
Frutos. ¡Qué bobada... y que *mal tono!*
Miguel. ¿Cómo...?
Frutos. Yo estoy muy tranquilo,
y aconsejo a usted que tome
mi ejemplo.
Miguel. No; yo he venido...
Frutos. Ya sé, con la misma tema
de armar camorra conmigo;
pero cuando uno no quiere...
no riñen dos. Esto es fijo.
Miguel. ¿No? Yo sabré...
Frutos. Usted no sabe
lo que se pesca, amiguito.
Mejor sería, en lugar
de venirme a mí con libros
de caballería andante,
que pusiera usted su ahínco
en atraparme la novia.-
¿No digo bien, don Remigio?

- Miguel.* ¿Así me habla usted!
- Frutos.* Así.
Yo sé bien lo que me digo.
Los momentos son contados.
Dejémonos de litigios,
don Miguel, y procuremos
salir de este laberinto.
¿Le ha visto a usted la Marquesa?
- Remigio.* No, ni sabe que ha venido.
Se encerró en el tocador.
- Frutos.* Perfectamente. Pues ¡listo!
Guárdese usted de sus ojos.
No faltará un escondrijo...
Y mientras solo con ella
le digo cuántas son cinco,
cuide usted de que la chica
no se muera de fastidio.
- Miguel.* Pero...
- Frutos.* No hay pero que valga.
Ella sabe mis designios...
¡ande usted!
- Miguel.* [*En voz baja a D. Remigio.*]
Ya capitula.
Me tiene miedo: está visto.
[*A D. Frutos.*]
Supongo que aquí no hay maula³³...
- Frutos.* Yo siempre he jugado limpio.
- Miguel.* [*Volviendo la cabeza después de dar algunos pasos.*]
Es que...
- Frutos.* ¡Ande usted!
[*Vase D. Miguel por la izquierda del foro.*]

33. **Maula.** 'Engaño o artificio encubierto' (*DRAE* 3)

¡Aún se me hace
de pencas³⁴ el señorito!

ESCENA III.

D. FRUTOS. D. REMIGIO.

- Remigio.* Yo celebraré en el alma,
caro amigo, que usted logre
desbaratar esa boda;
porque, si vale mi pobre
dictamen, cuando no son
homogéneos los consortes,
es el matrimonio un símil
de los órganos de Móstoles³⁵.
- Frutos.* No, no es esa la mujer
que me conviene.
- Remigio.* ¡Y sin dote!
- Frutos.* Eso no me importa un bledo,
pero tengo otras razones...
- Remigio.* ¡Oh! sobradas. Y pensar
que ella renuncie a la corte
y a sus... Para usted sería
pintiparada, de molde
una mujer... como yo.
- Frutos.* ¿Como usted? ¿No es usted hombre?
- Remigio.* Quiero decir..., de mi genio,
de mis circunstancias; dócil,
servicial...

34. **Hacerse de pencas alguien.** 'No consentir fácilmente en lo que se pide, aun cuando lo desee el que lo ha de conceder', fig. y fam. (*DRAE 6*)

35. **Los órganos de Móstoles.** Loc. fig. y fam. 'Personas, dichos, hechos, opiniones, ideas, etc., que debieran compadecerse o convenir en una relación de semejanza, conformidad o armonía, y son, por el contrario, muy disonantes o incongruentes entre sí' (*DRAE 6*)

- Frutos.* [Para sí.] Mientras él viva
no faltará quien le abone.
[A D. Remigio.]
Pues lo que es a servicial,
ni usted, ni nadie en el orbe
me gana a mí. Mire usted
que tiene cuatro memoles...
- Remigio.* (¡Huy!)
- Frutos.* Trabajar un galán...,
¿eh? para que otro le sople
la dama. ¿Eh?
- Remigio.* Yo convengo
en que es muy raro ese noble
proceder, famoso asunto
para mármoles y bronces.
- Frutos.* Mas no lo hago por virtud,
ni por miedo a los bigotes
del capitán pendenciero,
porque a mí nadie me tose;
lo hago por ver si me zafo
del apuro en que me ponen.
Líbreme yo de la novia
y de esa suegra o demontre³⁶,
y más que cargue con ambas
Perico el de los palotes.
Mas si no cede la vieja
a mis justas reflexiones,
y se mantiene en sus trece...
¡pues! como yo en mis catorce,
y al fin tengo que casarme,
juro a Dios y a los apóstoles
que he de romper la cabeza
a ese interesante joven.

36. Demontre. 'Diablo' (DRAE)

Remigio. No permita Dios...- supongo
que para mí no habrá golpes.
Yo soy amigo de usted...
Más que amigo; soy su cómplice...

Frutos. ¡Eh! con usted no va nada.-
Pero los minutos corren
que vuelan y la Marquesa
no viene. Aunque usted perdone,
don Remigio, ¿quiere usted
llamarla...?

Remigio. Con mil amores.

Frutos. Y luego...

Remigio. Entendido. Luego
querrá usted que me incorpore
con los otros y...

Frutos. Cabal.

Remigio. Pero me excusa un galope
mi señora la Marquesa.

[*Saludando a la Marquesa que llega.*]

Muy servidor...

[*A D. Frutos.*]

A la orden.

ESCENA IV.

D. FRUTOS. LA MARQUESA.

Marquesa. ¿Cómo es eso? ¡Aún está usted
de zamarra!

Frutos. ¡Eh! no me estorba.

Marquesa. ¡Y va a venir el notario
y los testigos...! ¡Qué sorna!

Frutos. Me alegro de ver a usted.
Tenemos que hablar a solas...

Marquesa. ¡Jesús! y están convidadas
más de cuarenta personas...

- Frutos.* No le hace...
- Marquesa.* ¿Qué dirán? Hecha
un ascua de oro la novia,
yo un brazo de mar, y el novio...
- Frutos.* Yo no gasto ceremonias.
Bien estoy así.
- Marquesa.* ¡En *toilette*³⁷
de calesero!
- Frutos.* ¿Qué importa?
- Marquesa.* Importa mucho. ¿Usted quiere
que se burlen de nosotras?
- Frutos.* Si usted toma mi consejo
podrá excusar esa mofa.
- Marquesa.* ¿Y qué consejos...? Sepamos...
- Frutos.* Que se deshaga la boda.
- Marquesa.* ¡Oh!... ¿Qué dice usted? ¿Salimos
con esa embajada ahora?

[*Entreabren por dentro la puerta de la izquierda.*]

- Frutos.* Aquí no hay más embajada
que la razón, y me sobra
por todas mis coyuturas.
- Marquesa.* Don Frutos, basta de broma.
- Frutos.* Hablo de veras. Usted,
señora mía, no es tonta,
y bien habrá conocido
que el tal casamiento es droga³⁸.
Yo soy demasiado tosco

37. *Toilette*. 'Atavío', 'indumentaria', 'tocado'. Esta palabra francesa se utilizó con frecuencia en la época (Flores, Mesonero, Galdós) y Bretón la incluyó también en *El amigo mártir*, *Un francés en Cartagena*, *La cabra tira al monte*, *Entre santa y santo* y en un artículo de crítica teatral sobre *El Cupido de las damas*.

38. *Droga*. En uso figurado 'Embuste, ardid, engaño'. El *DRAE* considera este significado como desusado, aunque puedo constatar que en zonas rurales se sigue utilizando.

- para dama tan preciosa;
no se cambian las costumbres
como se cambian las modas,
y nunca harán buenas migas
perro y gato en una alforja.
- Marquesa.* ¡Eh! ¡Como de esos milagros
hace el amor!
- Frutos.* ¡Dale, bola!
No nos amamos nosotros:
¿lo entiende usted?; no, señora.
Yo lo sé de buena tinta;
esto es, de su propia boca,
y ella de la mía: ¿estamos?
Ni soy mudo, ni ella es sorda.
- Marquesa.* Ella cumplirá, no obstante,
con los deberes de esposa...
- Frutos.* No diré yo lo contrario...
si la permiten que escoja;
porque ha de saber usted,
si por desgracia lo ignora,
que hay bigotes de por medio.
- Marquesa.* ¡Bobada! A usted se le antojan
los dedos huéspedes.
- Frutos.* No.
- Marquesa.* ¡Vaya!
- Frutos.* Hay moros en la costa.
- Marquesa.* Cuando a mí nada me ha dicho
la niña...
- Frutos.* Teme la cólera
de usted.
- Marquesa.* ¿Por qué? Yo no fuerzo
su voluntad.
- Frutos.* Se equivoca
mi señora la Marquesa...,
por no decir otra cosa.

Marquesa. Hablemos claro, don Frutos,
y diga usted sin tramoya
que retira su palabra.
¡Hombre sin pudor, sin honra,
sin fe...!

Frutos. ¡Señora Marquesa!
No quiera usted que nos oigan
los sordos; tenga usted juicio,
y ahorremos una camorra.
A todos nos salva un no.
Veamos a quién le toca
pronunciarlo. Si yo diera
calabazas a la moza,
sobre faltar al respeto
del que está bajo una losa,
fueran ustedes silbadas
diez leguas a la redonda;
ella no lo soltará
si la llevan a la horca;
conque...

Marquesa. ¿Conque yo he de ser
quien cante la palinodia?

Frutos. Sí, señora, y yo consiento
que me ponga usted como hoja
de perejil, y me acuse
de haber roncado en la ópera...,
¡sí tal!, y de haber comido
a cucharadas la sopa;
y más que salga también
a la colada la historia
del velador, y el abrazo,
y la zamarra, y las botas...;
y más que sea preciso,
para que usted quede airosa,
compararme... ¿A quién diré?
Al bruto de Babilonia.

Marquesa. No; ya es tarde. Yo no cedo.

Frutos. ¿No?

Marquesa. Mil veces no.

Frutos. ¡Señora!

¡Mire usted que eso es ponerme
en el pescuezo una soga!

¡Mire usted que si me obliga
a que mi palabra rompa;

¡yo! ¡un aragonés!, ¡ah! juro
por mi padre que esté en gloria
que se ha de acordar usted
de don Frutos Calamocha.

Marquesa. ¡Bravatas! ¡blandronadas!

Frutos. Pues ya que usted me provoca,
¡guerra!, ¡venganza!

[*Sacando una cartera y de ella unos papeles.*]

Aquí tengo
mi artillería. ¡Arda Troya!

Marquesa. ¡Cómo!...

Frutos. Usted recordará
si no es flaca de memoria
que, cuando el marqués difunto
residía en Zaragoza,
para sacarle de empeños
le abrió mi padre su bolsa.

Marquesa. Es verdad. Le prestó algunas
cantidades...

Frutos. Y no flojas.

[*Mostrando a la Marquesa un papel.*]

Vea usted: ¡veinte mil pesos!

Marquesa. (¡Dios mío!)

Frutos. Cuenta redonda.

Marquesa. Pagaré...

Frutos. De eso se trata.
El documento está en forma.
Marquesa. (¡Este hombre me va a perder!)
Más adelante...
Frutos. No, ahora.
Págume usted al momento,
o la casa se alborota
y ante el notario y testigos
digo que es usted tramposa.
Marquesa. ¡Ah, don Frutos!
Frutos. Y la pongo
por justicia.
Marquesa. ¡Qué congoja!
Frutos. Y le embargo cuanto tiene
en la sala y en la alcoba...
Marquesa. ¡Jesús, qué hombre!

ESCENA V.

LA MARQUESA. D. FRUTOS. JUANA

Juana. [Anunciando.] Los testigos,
el cura de la parroquia,
el notario...
Marquesa. ¡Justo Dios!
Juana. El marqués de la Alcachofa...
Marquesa. Voy... Que esperen un momento...

ESCENA VI.

LA MARQUESA. D. FRUTOS.

Marquesa. Tenga usted misericordia...
Frutos. ¿La ha tenido usted de mí?
La venganza es muy sabrosa.
Marquesa. ¡Baje usted la voz!

- Frutos.* No puedo,
que el furor me desentona.
Todos sabrán...
[*La Marquesa cierra la puerta del foro.*]
¿Cierra usted?
Pues levantaré la solfa.
O pagarme, o despedirme,
o he de hacer...
- Marquesa.* ¡Virgen de Atocha!...
- Frutos.* Una de púpulo bárbaro,
y aunque me gaste mil onzas
he de tener el consuelo
de que pida usted limosna.
- Marquesa.* ¡Basta! ¡No más! Yo recojo
la palabra de la novia,
y la mía.
- Frutos.* ¡Eso!
- Marquesa.* Y diré
que el novio no me acomoda.
- Frutos.* ¡Así!
- Marquesa.* Y diré la verdad,
porque es usted un idiota.
- Frutos.* ¡Divinamente! Un abrazo
le daría a usted ahora.
- Marquesa.* Mas ¿qué dirán los testigos...?-
esto es lo que me sofoca-,
y el notario, y tanta gente
convidada.
- Frutos.* Usted se ahoga
en poca agua. Ellos venían
a presenciar una boda...
- Marquesa.* ¡Y esa boda se ha frustrado!
- Frutos.* Pues ¿hay más que darles otra?
- Marquesa.* ¡Cómo!...¿Con quién...?
- Frutos.* [*Acabando de abrir la puerta de la izquierda.*]
Verbigracia.

[Salen Elisa, D. Miguel y D. Remigio y se arrodillan a los pies de la Marquesa.]

Miguel. ¡Señora!...
Elisa. ¡Mamá!...
Remigio. ¡Señora!...

ESCENA ÚLTIMA.

LA MARQUESA. ELISA. D. FRUTOS. D. MIGUEL. D. REMIGIO.

Marquesa. ¿Qué veo! Aparta de aquí,
hija traidora.
Elisa. ¡Perdón!...
Marquesa. ¡Qué horrible conspiración!
Frutos. Todo se gobierna así.
Marquesa. ¡Ah! ¡Me han burlado!
Remigio. ¡Por Dios!...
Miguel. ¡Ah, señora! Yo protesto...
Marquesa. Pero ¿qué viene a ser esto?
[Viendo que también D. Remigio está arrodillado.]
¿Te has de casar con los dos?
Remigio. Cada cual en este asedio
hace el papel que le dan.
Este es el primer galán,
y yo... un *parte de por medio* (*)
Marquesa. (Buscar un yerno es urgente
en este lance de honor,
y pues no hay otro mejor...
cubramos el expediente.)
Miguel. Rica no será conmigo,
pero mi amor...

(*) Nombre que en lo antiguo se daba, y todavía se da alguna vez entre actores, a los que sólo se emplean en papeles muy subalternos: hoy se llaman más comúnmente *raconistas*.

- Elisa.* ¡Por piedad!...
- Frutos.* ¡Por la negra honrilla...!
- Marquesa.* ¡alzad!
- Yo os abrazo y os bendigo.
- Frutos.* ¡Viva! ¡Eso es ser madre! Ahora que estamos todos contentos, rompo yo mis documentos.
- [*Hace pedazos los papeles que sacó.*]
- Estamos en paz, señora.
- Marquesa.* ¡Tanta generosidad! Me confunde usted, me abate...
- Frutos.* No tal. Pago mi rescate y ¡viva la libertad!
- Remigio.* ¡Oh pecho noble y sin hiel!
- Frutos.* Basta. Demos al olvido...
- Miguel.* ¡Don Frutos...!
- Elisa.* (¡Qué necia he sido en no casarme con él!)
- Frutos.* Ahora... andemos a porrazos, si usted quiere, capitán.
- Miguel.* No; ya no tengo ese afán.
- Frutos.* [*En actitud de brindarle con un abrazo.*] Pues...
- Miguel.* Venga usted a mis brazos.
- [*Se abrazan.*]
- Remigio.* [*Enternecido.*] El llanto inunda mi cara, y siento una conmoción..., una... ¡Bravo!... ¡Otra edición del *Abrazo de Vergara*³⁹!

39. **Abrazo de Vergara.** Se refiere al de Baldomero Espartero, general liberal, y el carlista Rafael Maroto, en esta ciudad vasca, que dio lugar al final de la primera guerra carlista, la denominada de los Siete Años.

- Marquesa.* Vamos a la sala presto,
que nos están esperando...
- Frutos.* Vayan ustedes andando...
- Remigio.* ¿Y usted...?
- Frutos.* No es aquel mi puesto.
Yo voy a buscar un coche
que me vuelva a mi lugar.
- Marquesa.* ¿Ya se quiere usted marchar?
- Frutos.* Sí. No duermo aquí esta noche.
También yo entiendo, Marquesa,
algo de filosofía,
aunque tengo todavía
el pelo de la dehesa.
- Elisa.* Pero ¡dejarnos así...!
- Remigio.* Sin disfrutar del convite...
- Frutos.* ¡Nada! ¡A Belchite, a Belchite!
La corte no es para mí.

